

LA NUEVA HAMBRE

DE LA SAGA WARM BODIES

ISAAC MARION

Para Jenae y Kevon.

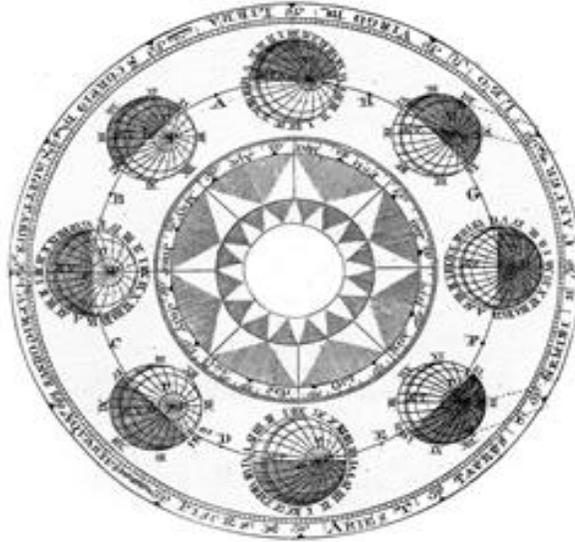
Donde sea que estén, espero que hayan encontrado buenas personas.

El pasado nos habla con mil voces que nos advierten y consuelan, que nos animan y nos incitan a actuar.

– Felix Adler

el comienzo

Traducción de Lady Pichilingue Aguilera
y Daniela Provoste Melita



Este no es el comienzo.

En el comienzo había oscuridad y fuego, microbios y gusanos, los primeros de nosotros abriéndonos paso a toda costa entre miles de millones de seres vivos para avanzar. No hay mucho que saber del comienzo. Nosotros preferimos la parte del medio donde las cosas comienzan a ponerse interesantes.

¿Quiénes somos? Somos todos. Somos cada pensamiento y cada acción. El tiempo es solo una forma de organizar la inmensidad de nuestra Biblioteca; sin embargo, deambulamos en el presente con los libros que no hemos terminado y vemos cómo se escriben solos. El mundo está cambiando. El planeta está sobrepoblado y está tensionado, está entrando en erupción y ardiendo en milagros, y no sabemos qué forma tomará cuando se enfríe. Incluso con toda la historia en nuestro interior no podemos saber y eso da un poco de miedo.

Así que ajustamos nuestro enfoque. Hacemos zum en un país, luego en una ciudad y después en el techo de un estadio donde encontramos a tres jóvenes sentados sobre una manta.

El cielo está oscuro. Son los únicos que están despiertos en kilómetros a la redonda. Cuesta ver un atardecer a mitad del verano, el sol a penas se pone y ya vuelve a salir, pero hoy resulta urgente ver algo hermoso. Ya han visto demasiada fealdad. Sus vidas están manchadas de fealdad como si fuera sangre o excremento y es tal es la densidad que apenas pueden respirar, así que en esta helada mañana están en el techo esperando que el sol salga y los envuelva.

¿Quiénes son estas personas? ¿Por qué nos interesan? No son especiales, nadie lo es; sin embargo, hay algo en ellos que atrae nuestra mirada. Una chica baja, pálida, llena de extraños sueños. Una chica alta, morena con una promesa clavada en el corazón. Y un hombre medio vivo en cuya cabeza vibran voces, él nos habla y nos escucha sin saber que existimos.

Queremos que sepan que existimos. Queremos que lean nuestra Biblioteca y la compartan con el mundo porque no hay nada más bello que ser conocido. Pero, primero tenemos que conocerlos. Somos libros que leen a nuestros lectores, no es una historia, sino una conversación y la iniciamos con la siguiente pregunta:

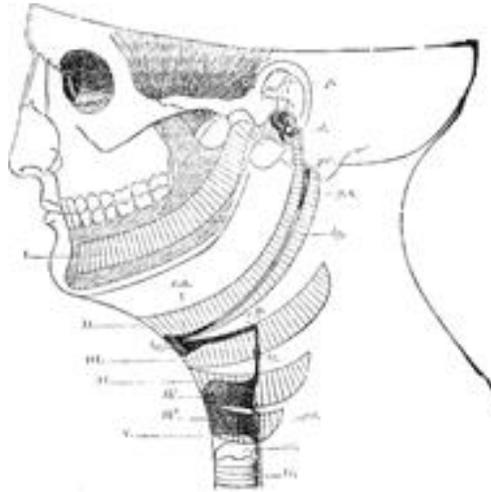
¿Quién eres?

Damos vueltas a su alrededor y observamos las ventanas de sus almas.

¿Qué hay ahí dentro? ¿De dónde vino? Muéstrannos y les mostraremos.

Desde la parte superior a la parte inferior de la Biblioteca, desde el techo luminoso hasta el sótano oscuro las páginas comienzan a moverse.

LA NUEVA
HAMBRE



Un hombre muerto yace junto al río y el bosque lo observa. Las nubes doradas se desplazan en un cálido cielo rosa. Los cuervos pasan como rayos entre los pinos oscuros que se ciernen sobre él como espectadores morbosos. En lo profundo y salvaje del césped, pequeños seres vivos se mueven en torno a la cabeza del hombre muerto ansiosos por comerlo y devolverlo a la tierra. Sus tenues zumbidos se mezclan con las ráfagas de viento, los graznidos de los pájaros y el rugido del río que arrastrará sus huesos. La naturaleza está hambrienta. Está lista para recuperar lo que el hombre le robó con el solo hecho de existir.

Pero el hombre muerto abre sus ojos.

Mira al cielo. Siente un impulso: «muévete». Entonces se sienta. Tiene los ojos abiertos, pero no puede ver nada. Solo puede ver borroso; sin embargo, no sabe que está borroso porque nunca ha visto más claro.

«Este es el mundo», reflexiona. «El mundo es borroso».

Pasan las horas hasta que sus ojos recuerdan cómo enfocar y ahora el mundo es más nítido. Piensa que le gustaba más el mundo cuando no lo podía ver.

Junto a él yace una mujer. Es hermosa, su cabello claro y sedoso está enmarañado con sangre, sus ojos azules reflejan el cielo, sus lágrimas se secan rápido bajo el sol ardiente. El hombre inclina su cabeza para examinar la tierna cara de la mujer y el agujero de bala en su frente. Por un momento tiene una sensación que no le agrada. Baja la cabeza, sus ojos arden. Luego la sensación se disipa y se pone de pie. El revólver en su mano se desliza entre sus dedos lánguidos y cae al suelo. El hombre comienza a caminar.

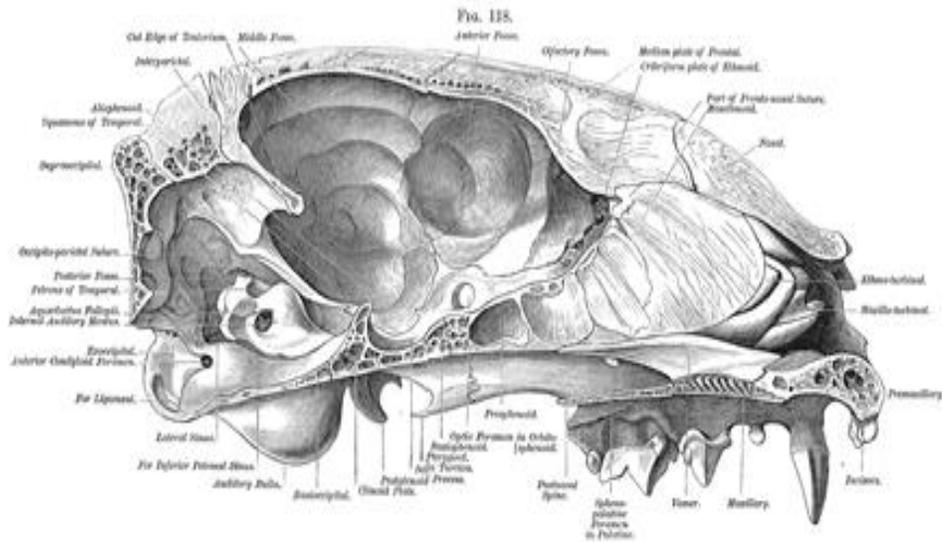
Nota que es alto. Las ramas arañan su cuero cabelludo y se enredan en su desastroso cabello enmarañado. El hombre también nota otras cosas. Una silla de cuero flotando en el río. Una maleta de metal colgando de una rama. Otros cuatro cuerpos lánguidos extendidos sobre el césped con agujeros en la cabeza. Estos no son hermosos. Son pálidos y están salpicados con sangre negra, y miran al cielo con extraños ojos de color gris metalizado. Tiene otra sensación extraña y pateo uno de los cuerpos en la cabeza. Lo hace una y otra vez hasta que su zapato se hunde en el putrefacto desastre de su cerebro, luego olvida porqué lo está haciendo y sigue caminando.

El hombre alto no sabe quién es. No sabe lo que es o dónde está, cómo llegó hasta aquí ni porqué. Su cabeza está tan vacía que duele, el espacio vacío le está rompiendo la cabeza, así que fuerza un pensamiento solo para calmar el dolor:

«Encuentra a alguien».

Se aleja de la mujer rubia. Se aleja de los cuerpos. Se aleja de la columna de humo que se eleva entre los árboles detrás de él.

«Encuentra a otra persona».



Una chica y su hermano caminan por la ciudad. Su hermano interrumpe el silencio.

—Sé quién te gusta.

—¿Qué?

—Sé quién te gusta.

—No es cierto.

—Sí lo es.

—No me gusta nadie.

—Claro que sí. Y sé quién es.

Nora se voltea para mirar a Addis, un caminante tan terriblemente lento que hace que quiera ponerle una correa y arrastrarlo.

—Bien, ¿quién me gusta?

—No te voy a decir.

Nora se ríe. —Así no funciona el chantaje, tonto.

—¿Qué es el chantaje?

—Es cuando sabes un secreto de alguien y amenazas con contarlo si la persona no hace lo que quieres. Pero no funciona si no dices lo que sabes.

—Ah. Bueno, te gusta Evan.

Nora intenta reprimir una sonrisa de sorpresa. El mocoso tiene ojos.

—Si te *gusta* —grita Addis con satisfacción—. ¡Te gusta Evan!

—Tal vez —dice Nora con la mirada al frente—. ¿Y qué?

—Te descubrí. Así que ahora te voy a chantijear.

—*Chantijear*. Bien, dime tus demandas.

—Quiero el resto de las galletas **Teddy Grahams**.

—Hecho. No me gustan las de chocolate.

—Y tienes que llevar el agua un día extra.

—Bien. Pero solo porque *realmente* no quiero que nadie sepa que me gusta Evan.

—Sí, porque es feo.

—No, porque tiene novia.

—Pero es *feo*.

—Me gusta la fealdad. La belleza es una trampa.

—A nadie le gusta lo feo —Addis resopla.

—Tú me agradas, ¿verdad? —Nora se estira, toma un mechón del lanudo cabello de su hermano y le sacude la cabeza. Él se ríe y forcejea para librarse—. Bueno, ¿eso es todo? —pregunta—. ¿Tenemos un trato?

—Una cosa más.

—De acuerdo, solo una más, así que es mejor que sea algo bueno.

Addis camina mirando el concreto bajo sus pies. —Quiero que busquemos a mamá y papá.

Nora se mantiene en silencio durante unos instantes mientras camina por la vereda. —No hay trato.

—¡Pero te estoy chantajeando!

—No hay trato.

—Entonces le diré a todos que te gusta Evan.

Nora se detiene. Pone las manos alrededor de su boca, respira profundo y grita. —¡Oigan todos! ¡*Me gusta Evan Kenerly!*

Su voz resuena a través de largos cañones estrechos formados por rascacielos desmoronados, vitrinas de tiendas destruidas, vidrio derretido y hormigón quemado. Baja por calles llenas de musgo y rebota en pilas de autos oxidados asustando a unos cuervos de un bosquecillo de aliso que crece en el techo de una tienda **Urban Outfitters**.

Su hermano la mira con el ceño fruncido, se siente traicionado, pero Nora está cansada de esto.

—Solo estábamos jugando, Addy. Probablemente Evan ya está muerto.

Nora sigue caminando. Addis se queda atrás por un momento, luego la sigue, aún con mala cara. —Eres mala —dice.

—Sí, tal vez. Pero soy mejor que mamá y papá.

Camina en silencio por cinco minutos antes de que Addis levante su lúgubre mirada de la vereda. —¿Y *qué* es lo que estamos buscando?

Nora se encoge de hombros. —Buenas personas. Hay buenas personas en alguna parte.

—¿Estás segura?

—Tiene que haber una o dos.

—¿Todavía me vas a dar las galletas?

Ella se detiene y mira al cielo dejando salir un suspiro. Se quita la mochila, saca el paquete de Teddy Grahams y se lo da a su hermano. Addis se mete las dos últimas galletas a la boca con desesperación y mastica enérgicamente, Nora lo observa. Está bajando de peso. La cara de un niño de siete años debería ser redonda, no perfilada. No debería tener las facciones angulares de una supermodelo. Puede ver el agotamiento en sus ojos oscuros amenazando con convertirse en tristeza.

—Vamos a dormir —dice—. Estoy cansada.

Addis sonríe y muestra sus dientes blancos manchados con restos de galleta.

Montan un campamento en el lobby de una oficina de abogados, se envuelven en la única cobija de lana que tienen que compartir y acolchan el piso de mármol con cojines de silla. Los últimos rayos rojos del atardecer se filtran a través de la puerta giratoria y se deslizan por el suelo, luego se desvanecen abruptamente al ser interrumpidos por los tejados.

—¿Podemos hacer una fogata? —susurra Addis, aunque es una noche cálida.

—En la mañana.

—Pero aquí da miedo.

Nora no puede discutir contra eso. El esqueleto de acero del edificio cruje y rechina a medida que se disipa el calor del día, además puede escuchar el susurro fantasmal de algunos documentos en una oficina cercana que han vuelto a la vida gracias a una brisa silbante que pasa a través de una ventana rota. Pero es una oficina de abogados. Un lugar absolutamente inútil en el nuevo mundo y por lo tanto invisible para los carroñeros. Una amenaza menos de las cien que puede tachar de su lista, podrá dormir un uno por ciento mejor.

Saca la linterna de la mochila y aprieta el mango un par de veces hasta que la ampolleta comienza a brillar, después se la da a Addis. Él la aprieta contra su pecho como si fuera un talismán.

—Buenas noches, Adderall —dice ella.

—Buena noches, Novillo.

Incluso con la gran protección de una ampolleta de dos vatios contra la aterrador jungla de la noche, él aún suena asustado. Y ella aún puede escuchar el gruñido del estómago de su hermano mucho más fuerte que cualquier monstruo que pueda merodear en la oscuridad.

Nora se estira en su cama improvisada para alcanzar y apretar la mano de Addis y se siente maravillada al sentir su suavidad. Se pregunta cómo es que la especie humana ha sobrevivido tanto tiempo con las manos así de suaves.

Su madre se gira en el asiento del frente y le dedica una sonrisa dulce.

—Buenos días, cielo. ¿Dormiste bien?

Julie asiente y se frota los ojos para quitar las legañas. —¿Dónde estamos?

—Cerca —responde su padre sin quitar los ojos del camino. El todoterreno **Chevy Tahoe** plateado va a gran velocidad por una estrecha calle suburbana llamada **Boundary Road**. Solía asustarla ver pasar como rayo las cajas de correo y las señaléticas de alto frente a su ventana e imaginar que los neumáticos aplastaban a perros y gatos del vecindario, pero ya se está acostumbrando. Sabe que mientras más rápido conduzcan, más pronto encontrarán su nuevo hogar.

—¿Estás entusiasmada? —pregunta su madre.

Julie asiente.

—¿Qué es lo que te entusiasma?

—Todo.

—¿Cómo qué? ¿Qué extrañas de las verdaderas ciudades?

Julie se toma un momento para pensar. —¿La escuela?

—Te encontraremos una escuela genial.

—Mis amigos.

Su madre duda y le cuesta mantener la sonrisa.

—Vas a hacer nuevos amigos. ¿Qué más?

—¿Habrá bibliotecas?

—Claro. Dudo que haya bibliotecarios, pero los libros deberían estar ahí.

—¿Y restaurantes?

—Dios, eso espero. Mataría por una hamburguesa de queso.

El padre de Julie se aclara la garganta.

—Audrey...

—¿Qué más? —su madre lo ignora y continúa—, ¿Galerías de arte? Apuesto que podemos encontrar algún lugar para exhibir tus pinturas--

—Audrey —no aparta sus ojos de Julie, pero deja de hablar.

—¿Qué?

—El **Almanaque** decía ‘gobierno funcional’, no ‘civilización próspera’.

—Lo sé.

—Entonces no deberías ilusionarla.

Audrey Grigio mira a su esposo con una sonrisa fría. —No creo que ninguno de nosotros esté en peligro de sufrir una sobredosis de ilusión, John.

El padre de Julie sigue mirando el camino y no responde.

Su madre se gira hacia ella e intenta reanudar la fantasía. —¿Qué más, Julie? ¿Chicos? Escuché que los chicos de Vancouver son lindos.

Julie quiere seguir jugando, pero el momento ya murió.

—Tal vez —dice y mira por la ventana.

Su madre abre la boca para decir algo más, luego la cierra y se da vuelta para afrontar el camino.

Detrás del perfecto escenario cinematográfico de casas beige y céspedes verde, la muralla fronteriza se alza como un estudio de sonido, por lo que resulta imposible ignorar la incredulidad. Las grandes hojas rojas de arce pintadas cada treinta metros sirven como un importante recordatorio de quién construyó esta barrera y de quién mantiene afuera a quién. Julie ama a su madre. Tiene grandes ilusiones para su nueva vida en Canadá. Sin embargo, ha visto más pesadillas que sueños volverse realidad.

—Aquí está —avisa su padre. El vehículo se sube a la vereda y baja al césped del parque fronterizo desarmando los surcos de barro entre la

maleza. Pasan las cabinas donde alguna vez los ensalzados policías de centro comercial simulaban interrogar a los estudiantes nerviosos. *¿Por cuánto tiempo se va a quedar? ¿Lleva alcohol? ¿Dónde estaba el 11 de septiembre?*

Ahora toda esta singular parafernalia del paso fronterizo ya no existe.

Hay solo una pregunta que aún importa para los guardias de los países:

¿Está infectado?

El todoterreno avanza hasta una parada frente a la puerta y el padre de Julie se baja. Se acerca al vidrio polarizado del escáner con las manos en alto.

—Coronel John Grigio, ejército de los Estados Unidos —grita—. Solicito inmigración.

La muralla es una gran proeza para ser algo que se construyó en tiempos tan desesperados: son casi diez metros de hormigón armado que van desde alrededor de 8 km de la costa de Washington hasta alguna parte en las profundidades del bosque quebequés y toda su extensión está decorada con alambre de púas. La “puerta” no es más que dos largas láminas de acero galvanizado empotradas en el hormigón para impedir el espionaje o el daño completamente. No es como que las armas automatizadas montadas en la parte superior permitieran siquiera el intento.

La ventanilla del escáner emite un par de bips. Las armas se mueven en los brazos mecánicos. Luego todo queda en silencio.

El padre de Julie mira alrededor con expectación. —Coronel John Grigio, ejército de Estados Unidos —repite—. Solicito inmigración.

Silencio.

—¡Hola! —pone sus manos a los lados—. Vengo con mi esposa y mi hija. Venimos desde Nueva York a través de los estados del norte y del centro, además tenemos mucha información para compartir. ¡Coronel John Grigio, solicito inmigración!

Una luz roja parpadea detrás del vidrio oscuro, luego se desvanece. Las cámaras de vigilancia idénticas se mueven levemente, pero siguen enfocando algún punto al azar en el césped como si estuvieran fascinadas con unas mariposas.

—¡Qué tan reciente era ese Almanaque? —pregunta Julie a su madre mientras se asoma a los asientos de adelante.

—Es de hace dos meses —dice su madre y la tensión en su voz rompe el corazón de Julie.

—¡Estamos bien preparados! —grita su padre con la voz llena de una emoción que la hace sobresaltarse.

—Mi esposa es veterinaria. Mi hija tiene entrenamiento de combate. ¡Yo era coronel de grado **O-6** y dirigí las fuerzas federales en doce batallas de la guerra de secesión!

Se para frente a la entrada y finge estar tranquilo; sin embargo, Julie ve sus hombros subir y bajar peligrosamente. Se da cuenta de que está viendo algo extraño: un vistazo al búnker secreto de padre. Sus esperanzas eran tan grandes como las de su esposa.

—Solicito inmigración —grita salvajemente y golpea la base de su pistola contra la ventanilla del escáner. Esta rebota en el vidrio a prueba de balas sin causar ningún daño, pero esta acción finalmente provoca una reacción. La luz roja vuelve a parpadear. Las cámaras de seguridad se mueven. Una voz electrónica y poco clara inunda el aire: ELIGRO--

ESPUESTA A AGRESION-- UERZA LETAL, y las armas comienzan a lanzar balas.

Julie grita mientras que géiseres de polvo hacen erupción a centímetros de los pies de su padre. Él retrocede rápidamente y corre, no hacia el vehículo, sino hacia el césped del parque. Pero las armas no lo siguen. Giran en los brazos mecánicos y bombardean el camino, se inclinan y hacen que las balas reboten en la misma puerta de acero, después se quedan inertes abruptamente y los cañones de las armas rebotan contra el hormigón.

La madre de Julie se baja del auto y corre al lado de su marido. Ambos miran la muralla conmocionados.

INFORMACIÓN —declara con su barítono autoritario y vibrante. RESPUESTA DE ARCHIVO DAÑAD-- ESCÁNER DE RETIN-- FALLID--. SOLICITUD DE RESPUESTA DE LA AUTORIDAD FEDERA-- CONTRASEÑA. CONTRASEÑ-- EQUERIDA. VISA DE TRABAJO. LIBRE DE IMPUESTOS. **ONTROL PLAGA DE LA MOSCA DE LA FRUT--.**

Las armas se elevan.

Los padres de Julie se suben al Tahoe y John pone reversa de golpe, el todoterreno se sacude al retroceder mientras que las armas disparan otra violenta ráfaga de balas a lo largo del camino. Cuando están fuera de alcance, el Tahoe se desliza rápidamente en el césped fangoso y da vueltas; todos hacen una pausa para recuperar el aliento mientras que Canadá enloquece. Ambas armas dejan de girar, apuntan hacia abajo al mismo objetivo y lanzan balas al suelo con precisión.

—¿Pero qué *mierda*? —dice la madre de Julie entre jadeos.

Julie busca en el bolso de viaje en el asiento del lado y saca la mira de la escopeta de su padre. Apunta a la parte superior de la muralla, pasa

rollo tras rollo del alambre de púas, ropa rasgada y ocasionalmente trozos de carne seca. Luego ve la explicación de todo esto y su corazón se rompe en aún más pedazos.

—Papá —murmura y le pasa la mira de la escopeta. Julie señala. Su padre mira. Lo ve. Un brazo con uniforme que cuelga en el borde de la muralla. Dos cascos atrapados en el alambre de púas, uno de ellos contiene una cabeza. Y tres columnas de humo del tamaño de una ciudad que se elevan de alguna parte al otro lado de la muralla.

Su padre le devuelve la mira y conduce calmadamente hacia la autopista alejándose de las torretas que se elevan desde el **Arco de la Paz**. Su cara no tiene expresión, todos los rastros del desconcertante momento de intensidad se han ido. Para mejor o para peor, ha vuelto a ser él mismo.

Después de cinco minutos, su madre habla y su voz es tan plana como la expresión de su padre.

—Dónde iremos ahora.

—Al sur.

Cinco minutos más.

—A dónde.

—Rosso escuchó un rumor sobre un **enclave** al sur de **Cascadia**. Le vamos a preguntar cuando tengamos señal de radio.

—¿Qué ocurrió? —pregunta Julie en voz baja. Su única respuesta es el ruido de los neumáticos en el concreto agrietado de la carretera **Inter estatal 5 de California**. Hay docenas de respuestas para escoger, todo desde la insurrección anarquista a las invasiones extranjeras o las nuevas formas de aniquilación más exóticas que recientemente han ornamentado el mundo, pero la parte relevante de cada respuesta es la misma: Canadá ya no es una opción. El país sigue ahí y tal vez algunos de sus habitantes,

pero Canadá como el lugar seguro, el último vestigio de la civilización norteamericana, el nuevo lugar al que iban a llamar hogar, ese Canadá está tan perdido como Atlantis y está sumergido bajo la misma marea de sangre y hambre que inundó el hogar del que tuvo que huir.

De repente se siente cansada, cierra los ojos y vuelve a tener pesadillas. Se elevan cementerios del océano. Aparecen los cuerpos de sus amigos a la luz de las llamas que incendian su escuela. Hay esqueletos que rasgan el pecho abierto de unas personas y se meten dentro. Enfrenta la pesadilla con paciencia, espera que la película de terror termine y se apaguen las luces del cine, esas preciosas horas de inconsciencia son su único respiro.

Julie Bastet Grigio tiene razones para tener sueños oscuros. No ha visto mucha luz en su vida. Con doce años de edad, se desenvuelve como una mujer mayor. Sus abismales ojos azules tienen un aspecto profundo que resulta inquietante para algunos adultos. Su madre ata su cabello en una cola de caballo, pero Julie la desarma dejando que caiga y se convierta en un desastre amarillo y dorado. Ha disparado a la cabeza de un humano. Ha visto arder una pila de cuerpos. Ha pasado hambre y sed, ha robado comida y también la ha regalado, y ha echado un vistazo al sentido de la vida al verla terminar una y otra vez. Pero apenas cumplió doce años. Le gustan los caballos. Nunca ha besado a un chico.



¿Qué ciudad es esta? ¿Cuándo sucumbió? ¿Y cuál de la interminable lista de desastres fue la causante? Si los periódicos impresos no hubieran desaparecido hace ya varios años, Nora hubiera podido encontrar alguno volando por la calle y hubiera podido leer los titulares que declaraban el fin. Pero se queda con la duda. ¿Fue algo instantáneo? ¿Terremotos, lluvia de basura espacial, tornados monstruosos y mareas altas? ¿O fue alguna amenaza que perduró? Radiación. Virus. La humanidad.

Sabe que el hecho de saber la causa no cambiaría nada. La muerte se presentará a su debido tiempo y cuando Nora haya estrechado su mano y haya escuchado su oferta, va a hacer su mejor esfuerzo para hacer un trato con ella.

—¿Puedo ir a nadar? —pide Addis.

—No sabemos qué puede haber ahí. Podría ser peligroso.

—¡Es el océano!

—Sí, pero no realmente.

Están parados en un nuevo borde costero. El océano se cansó de vivir en la playa y se mudó a la ciudad. Suaves olas golpean los postes de teléfonos. Hay anémonas rosa y verde compitiendo por los bienes raíces en los parquímetros. Un BMW cubierto de percebes se balancea lentamente en las mareas cambiantes.

—¿Por favooooor? —ruega Addis.

—Puedes meterte y caminar, pero no te mojes más arriba de las rodillas.

Addis grita de alegría y empieza a sacarse sus Nike embarradas y destrozadas.

—No te quites las zapatillas. Probablemente hay todo tipo de cosas sucias.

—Pero es el océano.

—Con zapatillas.

Se da por vencido, se enrolla los jeans hasta la rodilla y se pone a chapotear en las olas. Nora lo mira el tiempo suficiente como para convencerse de que no se va a ahogar ni que se lo comerán los tiburones urbanos, luego saca el filtro de su mochila y se arrodilla al borde del agua para llenar su botella.

Recuerda una foto de su abuela haciendo lo mismo en algún río sucio en Etiopía y cómo ese recuerdo siempre la hacía sentirse afortunada de haber nacido en Estados Unidos. Nora sonrío con pesimismo.

Solo se necesitaron dos metros y medio para sumergir cada puerto del mundo. Nueva York es un pantano. Nueva Orleans es un arrecife. Sea cual sea esta ciudad tiene suerte de estar en terreno alto, el océano solo ha reclamado algunas cuadras. Mientras que su hermano salpica y grita, Nora

mira con detenimiento el borde buscando algún vestigio de una playa real, algún montoncito de arena en lo que queda de terreno elevado. Recuerda la sensación de los dedos de los pies sudorosos al hundirse en el barro cálido.

Recuerda correr a toda velocidad hacia las pequeñas olas que vienen detrás y que se deslizan una sobre otra como hojas de cristal. Cuando corría con las olas parecía que no se movía. Cuando corría en contra de ellas parecía que volaba. Se niega a creer que su hermano nunca conocerá estas cosas. Encontrarán arena en alguna parte.

Cuando vuelve a mirarlo, Addis está nadando sumergido hasta el cuello.

—¡Addis Horace Green! —sisea—. Afuera, ¡ahora!

—¡Brr! —chilla mientras pasa nadando como perrito por la oficina de correo y a través de conjuntos de cartas empapadas como lirios flotantes—. Está helada.

• • •

Nora está agradecida de que sea verano. El calor es desagradable, pero no los matará. Pueden dormir en pórticos y callejones o en medio de la calle con nada más que su cobija harapienta para protegerse del rocío. Se pregunta cuánto tiempo se habrán tomado sus padres para tomar la decisión. Si habrán esperado un par de meses para que mejorara el clima. Le gustaría creer en este pequeño acto de bondad, pero se le dificulta bastante.

—¿Nos queda *algo* para comer? —pregunta Addis temblando de frío en sus jeans mojados—. ¿Aunque sea algunas migajas?

Nora busca en su mochila por instinto, pero no ha sucedido ningún milagro. No ha aparecido ni pan ni pescado. Todavía contiene la misma linterna, la cobija, el filtro y la botella que siempre tiene, nada más. Sin contar las Teddy Grahams, la última comida de Addis fue hace dos días. No se acuerda de cuando fue la última suya.

Gira examinando la ciudad que los rodea. Las tiendas de víveres están más que destruidas. Encontró los últimos bocados que comieron en la cocina de un refugio para indigentes: cinco galletas y un tarro de manís a la mitad, pero fue como un regalo caído del cielo. Los restaurantes reales son los últimos lugares donde encontrar comida, probablemente fueron completamente saqueados el primer día de anarquía de esta ciudad. Pero algo en el horizonte llama su atención. Frunce el ceño y aprieta los labios con decisión.

—Vamos —dice y toma la mano de Addis.

Se mueven a través de un enredo de barras de acero de refuerzo de un McDonalds bombardeado, trepan una montaña de autos oxidados amontonados y ahí está, elevándose entre la niebla: una torre Eiffel blanca con un OVNI en la punta.

—¿Qué es eso? —pregunta Addis.

—Es la **Aguja Espacial**. Supongo que estamos en Seattle.

—¿Qué es la Aguja Espacial?

—Es como... No sé. Es algo para los turistas.

—¿Qué es eso redondo en la punta? ¿Una nave espacial?

—Creo que es un restaurante.

—¿Y va al espacio?

—Ya quisiera.

—Pero es la *Aguja Espacial*.

—Lo siento, Addy.

Él baja la cabeza.

—Pero las naves espaciales no están llenas de comida. Los restaurantes sí.

Una vez más levanta su mirada con esperanza. —¿Podemos subir?

—No lo sé. Veamos si la electricidad aún funciona.

• • •

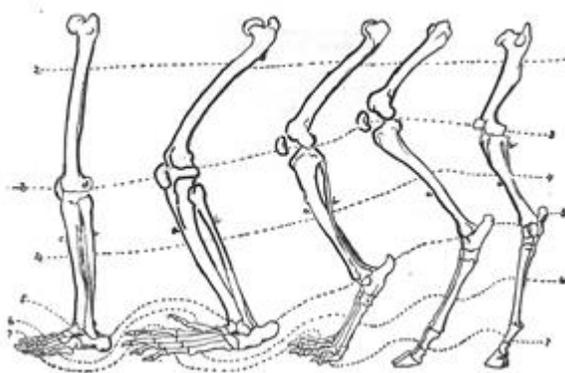
Es más espeluznante estar solo en una ciudad iluminada y que todavía funciona que en una que es una tumba. Si todo estuviera en silencio, uno podría fingir que está en la naturaleza. En un bosque. En el campo. Podría escuchar el canto de los grillos y el trinar de las aves. Sin embargo, el cadáver de la civilización es tan inquieto como las criaturas que actualmente deambulan por el cementerio. Titila y parpadea. Vuelve a la vida.

Cuando iniciaron las primeras señales del fin, desórdenes por aquí, una secesión por allá, unas cuantas guerras para encogerse de hombros y decir que así son las cosas ahora, la gente comenzó a prepararse. Todas las grandes empresas instalaron generadores y cuando los pozos petrolíferos empezaron a bombear barro y las reservas estratégicas se quemaron en el altar de un culto del fin del mundo, la energía solar ya no pareció tan extravagante. Incluso aquellos creyentes que más presumían la invencibilidad de Estados Unidos cerraron sus bocas y contemplaron el horizonte con una mirada atónita de *oh, mierda*. Aparecieron los paneles solares por todos lados brillando en tono azul en los techos altos y en el césped de las zonas suburbanas, los instalaron al azar en los carteles

publicitarios bloqueando los rostros de modelos sonrientes como si fueran barras de censura.

Para entonces, por supuesto, ya era muy tarde para tales pasos de bebé. Pero al menos este último esfuerzo proporcionaría luz para las siguientes generaciones por algunos años extra antes de que también se apague.

Nora aprieta la mano de Addis mientras caminan hacia la Aguja Espacial. El sol se está poniendo y las luces del monumento se encienden una por una. La punta de la aguja parpadea de manera constante, un faro para los aviones que nunca van a despegar.



En una remota zona del bosque donde el ser humano no ha dejado sus huellas, la naturaleza está siendo testigo de un extraño evento. Algo muerto se mueve. Los cuervos lo rondan con incertidumbre. Las ratas huelen el olor que se desprende él e intentan resolver la discordancia que hay entre sus ojos y su nariz. Sin embargo, el hombre alto no es consciente del efecto que causa en la vida silvestre que lo rodea. Está ocupado aprendiendo a caminar.

Es un procedimiento complejo y se siente orgulloso de su avance. Su manera de caminar está lejos de ser agraciada, pero ha logrado alejarse considerablemente de su espeluznante lugar de su nacimiento. El humo negro es una mancha lejana y ya no siente ningún rastro del olor del cuerpo en descomposición de la mujer rubia.

«Arriba la pierna derecha, avanza, abajo. Arriba la pierna izquierda, avanza con el cuerpo, otra vez la pierna izquierda, abajo».

Repite.

Sabe que también debería hacer algo con los brazos, pero aún no decide qué. ¿Agitarlos? ¿Aletear? Finalmente los levanta hacia adelante solo para que dejen de estorbarle mientras se concentra en el antiguo arte de caminar. Un paso a la vez.

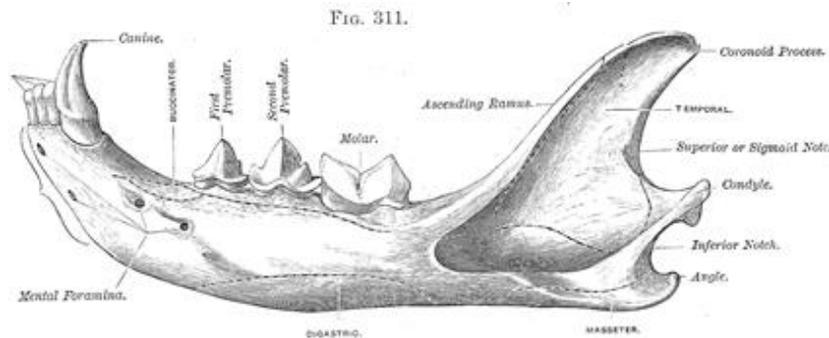
Otros conceptos han vuelto a su cabeza. Palabras para nombrar objetos comunes: césped, árboles, cielo, y una perspectiva general de la realidad. Sabe lo que es un planeta, que se encuentra en uno y que se llama Tierra. No está seguro de qué es un país, pero cree que éste se llama Estados Unidos. Sabe que la cinta de tela alrededor de su cuello es una corbata y es del mismo color de la sangre que brota de su pierna mordida, aunque se está oscureciendo rápidamente. El vacío en su cabeza no es tan doloroso como antes. Sin embargo, otro vacío surge en su interior. Este comienza en su vientre y se extiende hasta su boca, lo tira hacia adelante como si fuera un caballo tirado de las riendas. «¿A dónde vamos?», le pregunta al vacío. «¿Nos llevas con las personas?».

No hay ninguna respuesta.

Hasta donde el hombre alto sabe, la Tierra es un mundo que consta de césped, árboles y agua. Tiene la sensación de que todo debería ser más hermoso de lo que es. El río es de un repugnante color café verdoso. El cielo es azul, aunque no es bello. Demasiado pálido, casi gris. Él recuerda un cielo que se veía diferente: *cuando estaba sentado en el techo bajo el sol de mediodía, escuchando a su padre gritar*. Los ríos eran limpios: *cuando se sumergía hasta el fondo y contenía la respiración deseando nunca tener que regresar a la superficie*, pero el vacío lo saca de su fantasía y sigue caminando.

Los árboles se extienden cada vez más cerca del río hasta que no queda más espacio para sortearlos, así que se detiene y observa la zona

oscura donde hay muchos árboles juntos: «bosque», piensa. Un olor a humedad y putrefacción emana de la tierra, despertando un terror inexplicable en su interior. *Agujero. Gusanos. Oscuridad. Dormir. Una gran boca y una garganta interminable que baja y baja.* Sin embargo, no tiene otra opción más que internarse en el bosque.



Julie observa las nuca de sus padres que se alzan como dos figuras de piedra en los asientos delanteros. Nadie había hablado en dos horas. Ella observa como los árboles y los campos vacíos se convierten en edificios, gasolineras, campus universitarios. Un mural en un paso sobre nivel anuncia *Bienvenido a Bellingham*, o solía anunciar hasta que algún vándalo gracioso cambiara la *B* de *Bellingham* por una *H* y tachara *ingham*, por lo que ahora dice *Hell*¹.

Un recuerdo se gatilla en su cabeza y se lanza hacia los asientos delanteros.

—¡Oigan! ¡Aquí es donde vive Nikki!

Su padre la mira por el espejo. —¿Quién?

—¿Mi amiga por correspondencia? ¿La sobrina del repartidor?

—¿La que te envió una botella de whisky cuando tenías diez años?

—Sí, papá, esa misma. ¡Tenemos que parar!

—Bellingham está descartada. No hay razón para detenerse.

—Pero recibí una carta de ella justo antes de irnos de Omaha.

¹ “Hell” es infierno en inglés.

—Eso fue hace casi un año.

— Podría seguir aquí.

—Poco probable.

—Papá, ¡tenemos que comprobarlo! —exclama intentando captar la atención de su padre—. Ella es mi amiga.

No dice nada. Julie espera, preparándose mentalmente para aceptar otro deseo negado. Hasta que, para su sorpresa y sin comentario alguno, su padre se desvía hacia la pista de retorno.

—¿John? —dice su madre con preocupación, pero él la ignora. Y conducen hacia Hellingham.

. . .

A pesar de que las calles están atestadas de vehículos abandonados, el todoterreno los esquivo delicadamente como un caballo que sortea obstáculos. Julie presiona su cara contra el vidrio, mirando atentamente las ventanas de las casas en busca de alguna señal de movimiento. La mayoría de las casas tienen los accesos reforzados. Las que no están reforzadas están destruidas. Julie advierte un movimiento al interior de una casa, una figura débil se tambalea en la oscuridad de la sala de estar, pero no dice nada al respecto.

—¿Dónde vive Nikki? —pregunta su papá con un tono amable y optimista que provoca la mirada fría de su esposa.

—En el centro —responde Julie en voz baja—, en la calle Holly.

Viran justo en la calle que Nikki describía en sus cartas, en las que hacía parecer como si todos los fines de semana fueran el carnaval **Mardi Gras** de Nueva Orleans, se reunía con sus compañeros de universidad en grandes grupos, caminaban con dificultad y bloqueaban el tráfico, reían y

cantaban para olvidar el mundo que se desmoronaba a su alrededor. Julie siempre había querido conocer esta calle. Para ver a su amiga beber y coquetear, y para aprender de cerca cómo las personas seguían con sus vidas.

Sin embargo, la calle Holly estaba plagada de cuerpos. Los cuerpos menos putrefactos se tambaleaban en medio del caos como perros carroñeros, buscando restos en los huesos de sus amigos.

—¿Cuál es la dirección? —pregunta su padre fuertemente mientras que el todoterreno pasa sobre un cuerpo, su voz no oculta por completo el crujido.

Julie no puede hablar.

—¿Dirección? —pregunta de nuevo mientras gira para golpear a una criatura que está comiendo el pie de una niña. El todoterreno aplasta a la criatura, de inmediato se escucha un gruñido, unos golpes y crujidos.

—Mil doscientos doce —susurra.

Su madre guarda silencio en el asiento delantero y se esconde cuidadosamente del espejo.

—¿Es esta?

El todoterreno se detiene, los neumáticos crujen en el ripio y el vidrio. Julie baja su ventana para mirar la casa vieja. El pórtico está cubierto de sillones mohosos. Botellas de cerveza y colillas de cigarros, huellas de barro en las paredes desmoronadas... probablemente era una ruina antes de colapsar, pero ahora es un tipo de ruina diferente. No es del tipo de colapso causado por el exceso de moradores. No es el producto de siete jóvenes que vivían apretados en una casa pequeña, desesperados por disfrutar antes de que el mundo que heredaron se quemara. Las ventanas solo son

agujeros cubiertos con pedazos afilados de vidrio. La puerta principal abierta de par en par cruje por la brisa y adentro todo está oscuro.

—¿Nikki? —Julie, pese a lo evidente de la situación, insiste—: ¿Hola?

Su padre mueve la cabeza y pone el vehículo en marcha. Julie no hace ningún comentario mientras se alejan de la casa. Tampoco dice nada cuando se devuelven a la Interestatal 5.

—¿Eso era realmente necesario, John? —su madre murmura.

—Necesita entender.

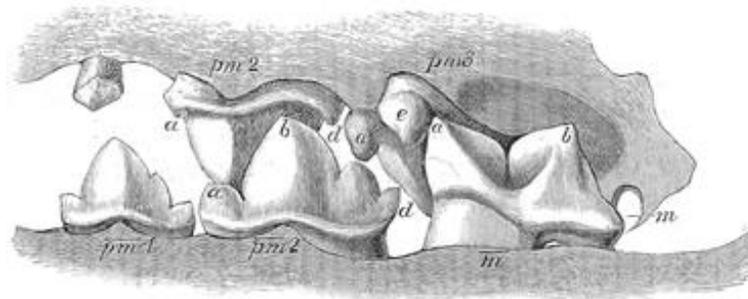
—¿Entender qué? ¿Que todos sus amigos están muertos? ¿Que el mundo es una mierda? Dios mío.

Su respuesta es el ruido del vehículo que reanuda su curso al sur.

Audrey Grigio gira su cabeza para mirar a su hija. —Lo siento, cariño.

Julie no le devuelve la mirada. Observa por la ventana como la ciudad de su amiga se aleja, dando paso a pinos y cedros, valles profundos y siluetas de grandes montañas iluminadas por un sol ardiente. Se pregunta cuántas de sus cartas siguen en los buzones. Se pregunta cuánto tiempo le ha estado escribiendo a un fantasma. Se pregunta cómo era la voz de su amiga, si murió asustada o en paz, y si a sus veintiún años dejó alguna huella en el incesante girar de la Tierra.

FIG. 337.



—¿Qué hay de estas? —propone Addis mientras sostiene un par de tijeras podadoras.

—Muy pequeñas.

Toma un taladro eléctrico. —¿Y este?

—Nada eléctrico.

Recoge un sacaclavos y lo levanta. Nora lo considera. —No, tiene que ser algo con lo que puedas perforar un cráneo sin mayor esfuerzo. Algo con el peso centrado en una sola parte.

En el techo, las luces fluorescentes emiten un zumbido mientras recorre los pasillos de una ferretería junto a su hermano en busca de armas, ya que sus padres se llevaron las pistolas. Nora quiere creer que fue para protegerlos, porque no confiaban que no se dispararía a sí misma ni a Addis por error, pero no es así. La habían visto disparar un rifle de francotirador desde una ventana de un séptimo piso, apuntando tranquilamente con la pistola marca **Glock** de la familia bajo la tenue luz de la mañana mientras sus padres aún intentaban levantarse de la cama. Le costaba trabajo encontrar excusas para justificar lo que hicieron sus padres, y se pregunta

qué le diré a Addis cuando sea lo suficientemente maduro para exigir respuestas de verdad.

—¿Qué hay de esta?

Addis levanta un hacha grande con mango de roble. Luego aprieta los labios, frunce el ceño, prueba balancearla y emite un silbido con su boca. El hacha se escapa de sus manos y se estrella contra una vitrina de envases de detergentes, formando una ola azul blanquecina por todo el suelo.

—Algo así —dice Nora soltando una risita—, pero tal vez algo un poco más fácil de manejar.

Toma dos hachas de mano del mostrador y le entrega una a Addis, quien, luego de moverla en el aire silbando, simula una estridente explosión y después le sonrío a Nora. Se puede ver salvajismo en su cara, una sed de sangre que en otra época habría sido corregida pacientemente a medida que crecía. Nora se asusta un poco, pero no dice nada. No es cualquier época. Así es el presente.

—Tendremos que conformarnos con estas —señala—. Ahora vamos a buscar algo para comer.

• • •

Independientemente del tiempo que pasó desde que esta ciudad en particular se rindiera al retroceso, el vestíbulo de la Aguja Espacial había sido completamente saqueado por meses o quizás años. Todas las camisetas y gorras habían desaparecido. Todos los tazones, las gafas de sol y la pasta de “Fideos Espaciales” con forma de la Aguja ya no estaban. Ninguno de los saqueadores se interesó en las bolas de nieve, ni en los imanes para el refrigerador o en las cucharas de recuerdo. Incluso los

pisapapeles seguían ahí, que potencialmente podrían ser usados como mazos.

Las luces del vestíbulo no funcionan, no obstante, cuando Nora presiona el botón del ascensor siente como la maquinaria se pone en movimiento. Addis la mira y no puede evitar moverse con entusiasmo. Nora saca el hacha de su mochila y espera.

Las puertas se abren con un cordial ding. No hay nada que quiera matarlos adentro.

—¡Déjame apretarlo! —grita Addis y comienza a examinar la fila de botones.

—El último no, ese probablemente es el mirador. Ese. Ese es el restaurante.

Addis presiona el botón. El ascensor sube y el nudo en el estómago de Nora gruñe en protesta.

—¡Oooh...! —exclamó Addis con asombro, presionando su cara contra la ventana desde donde se ve cómo la ciudad se aleja, y se forma un panorama confuso de islas azules y olas. Pasan el anillo en la cima de la Aguja Espacial y la oscuridad los envuelve, entonces las puertas del restaurante se abren. Nora se adelanta y hace una reverencia formal a Addis.

—Bienvenido a **Sky City**, señor. ¿Tiene una reservación?

—¿Qué? ¿Qué es una--? —pregunta con preocupación.

Ella se ríe y le pasa la mano por la cara. —No importa, vamos.

Camina hacia el comedor y mira a su alrededor en búsqueda de la cocina. Addis se detiene en la ventana que gira lentamente.

—¡Se está moviendo! —exclama.

—Sí, había escuchado hablar de eso. Genial, ¿no?

—¿Estás segura de que no es una nave espacial?

—Vamos a echar un vistazo. Tal vez encontremos la sala de control.

Comparado con la mayor parte de la ciudad de abajo, el restaurante está en buen estado. Le falta un mantel a una mesa, los cubiertos de plata, y hay un montón de vendajes ensangrentados en uno de los bancos, pero en general el lugar está intacto. No hay ventanas rotas, ni grafitis, ni cuerpos. Por supuesto, ellos no están aquí para disfrutar del ambiente.

Se detienen frente a la puerta de la sala de refrigeración, paralizados por el suspenso, como participantes de un programa de concursos mirando la ruleta. ¿Pierden todo o se llevan el premio mayor? ¿Mueren de hambre o siguen adelante?

Nora abre la puerta. El congelador está lleno de comida. Envases con vegetales cortados, montones de baguettes, recipientes llenos con pechugas de pollo y filetes, una docena de salchichas colgadas en el techo. Y todo está podrido. Una abundancia de moho a temperatura ambiente.

Addis frunce el ceño y aprieta los labios. Camina con rigidez de vuelta a la cocina y se queda en un rincón con la cara contra la pared y los puños apretados a los lados.

Nora inhala profundamente y contiene la respiración, entra al congelador y mira los montones de ingredientes orgánicos descompuestos. Piensa en esos participantes de programas de concursos y como siempre aceptaban la derrota tan fácilmente. Eran estudiantes universitarios y madres solteras, desertores hambrientos y desesperados con deudas. Sin embargo, cuando la ruleta anunciaba que habían perdido una cantidad de dinero que podía cambiarles la vida y que se irían a casa con los bolsillos vacíos, solo se reían, suspiraban y aplaudían ante su propio fracaso. *¡Oh, maldición!*

Este es un programa distinto. El premio no es dinero ni un juego de palos de golf: es otro día en la vida de Nora y su hermano, y no pretende ser una buena perdedora.

Se sumerge en el montón de compost, tirando a un lado envases con espárragos viscosos, botando recipientes con pechugas de pollo verdes, escarbando en el caos mientras las peludas salchichas verdes golpean su cara. El olor le causa náuseas y casi vomita cuando su mano se hunde en un pavo lleno de gusanos. No obstante, al final de todo eso, en un rincón bajo unos sacos de harina mordisqueados por ratas encuentra una caja. Abre la caja, y está llena de latas.

—¡Addis! —grita Nora.

No es una caja grande. Solo tiene tres latas y un envase de plástico con patatas peladas, judías verdes, tofu y un poco de margarina algo rancia. No es una victoria que cambiará sus vidas, pero es suficiente para matar el hambre y conservar un poco para después.

Se pone de pie con la caja y encuentra a Addis en la puerta, con los ojos bien abiertos. —Adivina qué, Addy —Nora sonrío saboreando la novedad de lo que está a punto de decir—. Vamos a cenar esta noche.

• • •

*Pommes frites*² en margarina. judías verdes salteadas en margarina. Tofu impregnado con margarina y acompañado con salsa de margarina. Es la comida más sabrosa que Nora ha comido desde que estas inesperadas vacaciones comenzaron.

—Eres un desastre —le dice a su hermano que se lleva a la boca puñados de patatas que gotean. Addis no tardó mucho en manchar el mantel

² En francés, "*pommes frites*" significa patatas fritas.

de lino blanco y botar toda su agua al suelo—. Tienes suerte de conocer a la chef.

Tienen la mejor mesa de la casa y una vista espectacular: todo Seattle se extiende a través de las ventanas que van del suelo al techo, hacia el este la ciudad se pierde en la **Cordillera de las Cascadas** azules. Nora se imagina unos meseros con corbata acercándose para preguntarles si dejaron espacio para el postre. Siempre se había preguntado qué sabor tendría la *crème brûlée*³.

—Estas patatas fritas son mucho mejores que las de la gasolinera — Addis comenta con la boca llena.

—Me alegra que pienses eso. También son más saludables.

—¿De verdad?

—Un poco.

—Eso es bueno.

Nora sonríe. Unos meses atrás, la palabra saludable le habría hecho escupir su comida. Es algo agrisado de ver que finalmente aprecia la nutrición.

—¿Crees que tienen música? —Addis se pregunta.

—No sé si eso sea una buena idea.

—¿Por qué?

—Si alguien sube por el ascensor, podríamos no escucharlo.

—¿Y? Nos escucharán y después vendrán a cenar con nosotros.

—Addis.

—¿Qué?

Nora mira alrededor. Addis la observa.

³ “*Crème brûlée*” es un postre francés. En español, a veces se le llama crema quemada.

—Bueno. Déjame ir a ver.

Recorre el restaurante rápidamente buscando los botones del reproductor de sonido, pero buscando mucho más alguna señal de que no están solos. Esas vendas. La sangre está oscura: son de al menos uno o dos días atrás. No encuentra más indicios, de modo que cuando encuentra el reproductor conectado al viejo iPad de algún ayudante de limpieza, revisa las listas de reproducción con una ligera emoción, tiene la esperanza de encontrar algo que ambos puedan disfrutar.

—¿Billie Holiday? —le grita a Addis.

—Aburrido.

—¿The Beatles?

—¡Son un asco!

—Maldito —Nora se ríe—. Lo voy a dejar en modo aleatorio.

Presiona reproducir sin mirar y camina de vuelta a la mesa. Comienza a sonar un piano suave, luego una voz aguda y susurrante con delicadas armonías.

—¿Qué es eso? —dice Addis arrugando la nariz.

—Se parece a **Sigur Rós**.

—¿Por qué siempre escuchas música *vieja*? —se queja Addis.

—Esta no es tan vieja.

—Es de hace un millón de años.

Nora suspira y lanza una de las judías verdes que quedaron tiradas hacia la camiseta de Addis. Un destello ilumina los ojos de su hermano y toma una patata frita.

—No —responde Nora, apuntando su tenedor hacia él—. De ninguna manera vamos a hacer una guerra de comida con esta cena. Déjala abajo.

Addis duda, evaluando la determinación de Nora.

—Señor —dice con voz de policía—, baje la patata frita inmediatamente.

Se lleva la patata la boca. Nora asiente y come un poco de tofu. Se sonríen mutuamente mientras mastican.

El restaurante rota tan lento que el movimiento es casi imperceptible. Nora, sin embargo, nota que completaron la mitad de una revolución⁴ desde que llegaron. La Cordillera de las Cascadas ha sido remplazada por el **Estrecho de Puget** que se torna de un color rosa rojizo, iluminado por el sol del atardecer. En la oscuridad de la tarde, con los edificios como meras siluetas, la ciudad se ve completamente normal. Muchos de los edificios del centro de la ciudad no están iluminados, pero algunos todavía tienen electricidad. Las ventanitas titilan como luces de Navidad. Nora observa a su hermano llevándose las patatas fritas a la boca y de alguna manera echándoselas en el cabello, y se pregunta a dónde lo lleva. Cuando pasan un día entero caminando, ¿hacia dónde caminan? Ha estado evitando este pensamiento, y aquí está nuevamente, con insistencia: no tiene idea. No tiene un destino en mente, ni siquiera una dirección. Hace que caminen porque el movimiento es el único plan que tiene. Porque la quietud significa la muerte.

Ahora Addis está mirando por la ventana, siguiendo su mirada. Su atención se centra en sus reflejos en el cristal, rostros fantasmales rodeados por las constelaciones de luces del techo, y nuevamente le sorprende cuán diferentes son. Él es pequeño incluso para su edad, Nora ya es más alta que su madre. La piel de Addis es oscura como la de su padre, la de ella es de un tono más irlandés. Su cabello es una mata de rizados sueltos, el de él es

⁴ En astronomía “revolución” es la rotación completa de un astro.

un cúmulo fuertemente enmarañado que flota sobre su cabeza coleccionando hojas, telarañas, patatas fritas. Ella nota que el cabello de su hermano necesita urgentemente aceite, está tan seco que probablemente podría sacar un trozo con sus dedos. Su piel también, tan seca que casi parece estar muerto. De repente se da cuenta de lo frágil que es. Siempre vulnerable. Dudaba de su habilidad para ser madre incluso antes de que el mundo terminara. ¿Cómo lo iba a hacer ahora?

—¿Nora?

Él la mira con preocupación. Se pregunta qué cara ha estado haciendo durante los últimos minutos. Y aleja con un pestañeo el nacimiento de una lágrima.

—Necesito ir al baño —dice Nora y se pone de pie.

La música había cambiado a algo más moderno, una de esas nuevas canciones pop que Addis y sus amigos solían escuchar en Washington DC. Es lenta y oscura, con susurros y estruendos, el cantante de voz andrógina repite cada nota con una melodía melancólica en viola. Se le pone la piel de gallina, toma nota mentalmente para cambiarla cuando vuelva. Nunca pensó que perdería contacto con la cultura juvenil a los dieciséis años. La oscuridad surgió tan repentinamente que sus gustos nunca tuvieron la oportunidad de cambiar, ahora toda esa música la asusta. Se refugia en el pasado, con los discos que la tía Shirley solía poner mientras ellos construían **Legos** en la sala de estar. Un poco de Ella Fitzgerald, Billie Holiday o Frank Sinatra sería genial ahora, a pesar de los reclamos de Addis. Hay sentimientos peores que el aburrimiento.

Entra al baño de mujeres y se apoya contra el fregadero, luchando para recuperar la compostura. Mira en el espejo sus cansados ojos rojos.

Ve un gran bulto en el rincón de la habitación que se mueve lentamente bajo un mantel.

• • •

—Addis, trae tus cosas.

—¿Qué?

—Nos vamos.

—Pero todavía no termino...

—¡Addis!

Mira a su hermana, sobresaltado.

—Trae tus cosas.

Addis toma su bolsa de mano de **NPR** e introduce su hacha junto a unas bolsas con restos de comida. Nora lo toma de la mano y se dirige al ascensor.

—¿Qué pasa?

—Hay algo en el baño.

—¿Algo?

—Algo o alguien.

—¿Alguien malo?

—No sé. No es importante.

—¿Y si es alguien bueno?

—No importa.

Arrastra a su hermano al ascensor y pulsa el botón del vestíbulo. El ascensor baja muy rápido, elevando sus fluidos gástricos hasta su garganta.

—¡Pero creí que por eso caminábamos! Creí que intentábamos encontrar personas que puedan ayudarnos.

—Esta persona no puede ayudarnos.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque está tirada en el suelo bajo un mantel lleno de sangre.

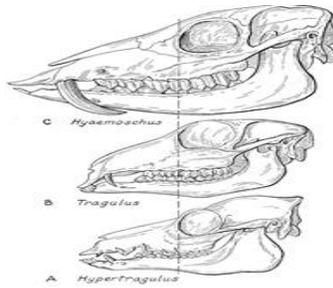
—¿Está herida?

—Por lo menos.

—¿Entonces no deberíamos *ayudarle*?

Nora se detiene. Mira a su hermano. Qué sensación tan extraña el ser juzgada por un niño. Tiene siete años: ¿de dónde diablos sacó su sentido moral? Definitivamente no de sus padres. Ni siquiera de ella misma. Asume que debe haber personas en el mundo que se mantienen fieles a sus principios, que siempre hacen lo correcto; aunque son pocas y están lejos, especialmente ahora. ¿De dónde le viene a un niño una idea tan antinatural como la bondad?

El ascensor llega al primer piso. Addis mira a Nora esperando hasta que ella suspira y pulsa el botón del restaurante. Suben nuevamente.



El Tahoe plateado tiene poco combustible. Julie puede escuchar a su padre murmurando sobre eso cada cierto rato mientras examina el paisaje cercano para encontrar estaciones de servicio. Eventualmente, toma una extraña pista de salida hacia lo que parece ser un bosque primaveral. No hay carteles publicitarios de comida o gasolineras o alguna señal de civilización. No obstante, después de unos kilómetros aparece una pequeña parada de camiones, oculta en medio de los árboles. La mayoría de las estaciones de servicio de las ciudades fueron drenadas hasta quedar secas. Para encontrar gasolina ahora o cualquier otra cosa valiosa, tienen que ir donde nadie más lo haría. Tienen que invertir la lógica y seguir su intuición, una habilidad que a Julie le sorprendió encontrar en el repertorio militar del coronel John Grigio.

—¿Papá tiene super olfato? —le pregunta a su mamá mientras lo observan cómo engancha de vuelta la manguera en el tanque de combustible de la estación.

—¿Qué?

—¿Cómo supo que había combustible aquí?

—No lo sé. Es así de inteligente —dice mientras contempla a su esposo que trabaja en la bomba, llenando el primero de seis botes de

gasolina—. Deberías agradecer eso —agrega en una voz tan baja que Julie apenas puede escuchar—. Por lo menos, es muy inteligente.

El repugnante y dulce olor a albaricoque putrefacto del combustible conservado químicamente inunda el aire, y Julie mira a su madre usando un pliegue de su vestido como mascarilla para cubrirse la nariz. Un vestido *blanco*, ajustado en la cintura con una cinta roja. No parece importarle que el dobladillo esté marrón por la tierra y la grasa del motor o que tenga pequeños agujeros por todas partes que dejan ver su piel. El vestido es bonito, así que se lo pone. Julie la quiere por eso, aunque ella tiene puestos unos jeans de trabajo y una camiseta gris.

—Tengo que hacer pis —avisa Julie y sale del vehículo.

—No vayas sola. Te acompaño.

—Mamá, tengo doce.

—Todavía eres un pollito.

Toma su **Ruger** 9mm del tablero y sale del vehículo. Julie pone los ojos en blanco y camina por detrás de la estación con su madre a la siga. Se baja los jeans, su madre se levanta el vestido, y se agachan en los arbustos.

—¿Recuerdas esas fiestas de cata de vinos que papá y tú solían hacer? —dice Julie.

—Por supuesto.

—Desearía que pudiéramos hacer una ahora. Tengo la edad suficiente para beber un vaso entero, ¿cierto?

—Creo que sí. Aunque no sé qué piense tu papá.

—Yo lo convenceré.

Su madre sonrío. —Quizás podemos hacer algo cuando encontremos un enclave. Como una fiesta de bienvenida.

Julie observa el charco de orina alrededor de sus botas de trabajo. Luego, examina las décadas de grafitis raspados y rociados en la pared de la estación.

Tim Pene Grande estuvo aquí
Tim chupa un pene grande

¡Dios todavía nos ama!
Dios se ama a sí mismo

JAMÁS RENDIRSE

—Quiero emborracharme —murmura Julie.

Su madre se ríe.

Julie se limpia con una hoja y abrocha sus jeans. Una rama seca con espinas se engancha en el vestido de su madre y la tira cuando se pone de pie. Su esposo espera a la vuelta de la esquina y observa cómo forcejea con la rama hasta que logra separarse de ella, haciendo otro agujero en la parte delantera de su vestido.

—Necesitas ropa de verdad —comenta—. No vinimos de picnic.

—Vete a la mierda, John —le dice alegremente mientras lo pasa a llevar.

—Para cuando lleguemos al enclave eso va a quedar como un bikini.

—Así podré seducir a su líder.

Ambos se quedaron en silencio durante el camino de vuelta a la autopista, y Julie pensaba en las catas de vino. Recuerda su casa anterior. Recuerda el día que supo que su papá tenía una banda, después su madre reprodujo el álbum y se rió aunque era bueno porque, ¿de qué otra manera podría haber reaccionado ante la revelación de que su padre era humano?

Busca algún animal entre los árboles. Pájaros, ciervos, algún animal inocente y estúpido que pueda fingir ser por un momento. Sin duda, criaturas así de simples saben cómo ser feliz.



El hombre alto está sufriendo.

La sensación que comenzó en su estómago se ha extendido por todo su cuerpo y de alguna forma más allá de él. Se extiende fuera de él como una nube fantasmal, como un sinfín de manos tocando el aire, buscando... algo. Le gustaría saber qué quieren esas manos, pero es un monstruo sin cerebro. Lo empujan hacia adelante con gruñidos incomprensibles llenos de necesidad.

En algún compartimiento lejano de su mente, es consciente de que el bosque es hermoso. A pesar de la oscuridad y el olor a tumba mohosa, hay un silencio y una suavidad que encuentra reconfortante. Pasa sus manos por los troncos de los árboles llenos de musgo mientras avanza, disfrutando de la textura. «Como la lana», piensa. «Como las cobijas. La piel de ella era-».

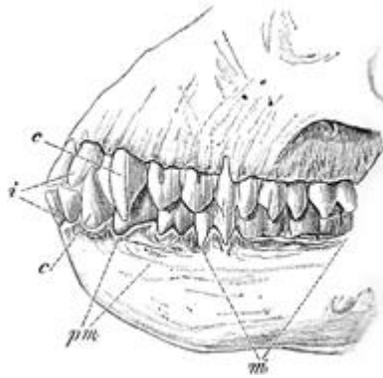
Algo cambió. Todavía puede sentir el musgo, pero ahora se redujo a información: «Suave. Frío. Húmedo». Ya no entiende por qué pierde energía tocando un árbol, así que deja caer sus manos y camina más rápido.

Está en un bosque. Está rodeado de árboles. Usa una corbata del color que tenía su sangre y pantalones del color que su sangre tiene ahora. Es alto y delgado, pero fuerte para su contextura. Se sorprende a sí mismo al quebrar una rama tan gruesa como su muñeca. La usa por un momento como bastón porque el bosque es oscuro y ha visto criaturas escondidas en la oscuridad que no son como él. Cosas que caminan en cuatro patas, cubiertas de cosas blandas como el musgo... piel: «lobos». El bosque está lleno de lobos, que según recuerda son peligrosos y siente miedo. Sin embargo, después de unas horas el miedo desaparece y pierde interés en la rama y la lanza a un lado.

Cada vez se vuelve más difícil mantener el interés en cualquier cosa que no sea el vacío. Está consciente de que las herramientas y armas pueden ayudarle a conseguir lo que quiere, pero ¿qué quiere? El vacío parece saber, no obstante, no le interesa explicar. Solo late y golpea sin un objetivo claro, y elimina por reflejo cualquier otra iniciativa, incluso las que podrían ayudarle a cumplir sus metas: como portar un arma. El hombre alto no recibirá ninguna ayuda de estos impulsos. Debe decodificarse a sí mismo sin ayuda.

Vuelve a pensar en los lobos. Entiende que son no como él y que quieren hacerle daño. Tal vez quiere herirlos también. Tal vez eso es lo que quiere. Tal vez se supone que las criaturas que no se parecen entre sí se lastimen para averiguar quién es más fuerte, para que el más fuerte pueda tomar las cosas que quiere. Una competencia. Un juego. «¡Guerra! ¡Sexo! ¡Fútbol!».

Sus ojos se abren de par en par por estos repentinos destellos de conocimiento. Está feliz de estar recordando cosas. Tal vez pronto tenga suficiente información para hacer lo que el monstruo de su vientre le pide.



—¿Hola?

La cosa bajo el mantel todavía se mueve. La mancha de sangre en la mitad de la tela es de un brillante color rojo y se extiende.

—Oye, ¿estás vivo?

Nora está de pie en la puerta del baño con su hacha preparada. Addis está de pie detrás de ella, temblando a pesar de sus nobles principios.

Nora da un paso adelante.

—Escucha. Si todavía estás vivo, tienes que darme una especie de señal o nos vamos a ir.

La tela se mueve ligeramente. Por debajo se desliza una mano con la palma mirando al suelo.

—Bueno, eso me demuestra que todavía te estás moviendo, pero necesito saber que estás Vivo con V mayúscula. Así que, si no estás Muerto, golpea dos veces.

Después de un largo titubeo. La mano da dos golpes.

Addis le agarra el dobladillo de la camiseta a su hermana. Nora le acaricia la cabeza.

—De acuerdo —dice en voz baja y se acerca al bulto que se mueve. Sosteniendo su hacha en alto, lista para atacar, retira el mantel.

Addis se tapa los ojos con las manos y empieza a lloriquear.

El hombre bajo el mantel es un verdadero gigante. Mide casi dos metros de altura, probablemente pesa ciento quince kilos. Aparentemente es obeso, pero en realidad solo es robusto. Es calvo, excepto por unos pequeños mechones a los lados de su cabeza, que se extienden hasta formar una barba y que a su vez rodea sus grandes y suaves labios. Pero lo que más llama la atención de Nora es el enorme agujero en su estómago que mancha lentamente con sangre su camiseta blanca. Parece ser una herida de bala, aunque tiene dos incisiones abiertas que se entrecruzan. Hay un cuchillo para carne en el suelo junto a él y también dos tenedores ensangrentados. Alguien trató de realizar una cirugía usando la vajilla en lugar de bisturí y pinzas.

—¡Ey! —exclama Nora—. ¿Qué fue lo que pasó? ¿Quién te disparó?

El hombre fija sus ojos azul claro en ella y estos se dilatan de manera irregular. Abre la boca, pero el único sonido que emite es un ruido estruendoso. Hace un gesto vago con la mano y cierra los ojos como diciendo que *no importa*.

Nora pregunta en voz baja. —¿Siguen aquí?

El hombre mantiene los ojos cerrados y niega ligeramente con la cabeza.

—¿Quién intentó sacar la bala? ¿Hay alguien más contigo?

Abre los ojos. Mueve la mano como si tratara de señalar a alguna parte, sin embargo, no puede reunir la fuerza suficiente para hacerlo. Cuando exhala mueve los labios y Nora escucha el atisbo de una palabra, tal vez un nombre,

pero apenas se entiende. Un fantasma. Vuelve a cerrar los ojos. Las gotas destellan en los lagrimales.

A Nora se le aprieta el estómago. Mira el agujero en el vientre del hombre, los bordes irregulares y el centro oscurecido, un pozo de sangre que va a lo más profundo de su ser. La recorre una sensación de náusea, brotan gotas de transpiración de su frente.

—Escucha —dice—, yo no soy... No sé cómo...

Toca la herida con cuidado. Las capas de piel desgarradas se separan y ella se estremece. —No sé qué hacer.

El hombre mueve la cabeza levemente. A Nora le gustaría pensar que asiente. Que él entiende. Él pone los ojos en blanco, luego vuelve a posarlos en los de ella.

Nora se gira para mirar a Addis. Está en la entrada retorciendo sus manos delante de las piernas y mordiéndose el labio.

No estaba equivocado. Hicieron lo correcto. Pero no debieron.

Nora toca la frente caliente del hombre. —Lo siento.

Él le sostiene la mirada por un instante más, después cierra los ojos. Exhala larga y lentamente y no vuelve a respirar.

Nora se pone de pie. —Addis, espera afuera un momento. Tengo que hacer algo.

—¿Está muerto?

—Sí. Espera afuera.

—¿Por qué?

—Porque tengo que hacer algo.

Addis mira el hacha pequeña que Nora sostiene en la mano. Le tiemblan los labios y sale de la habitación.

Nora se para cerca del hombre y observa su cabeza calva. Nunca ha hecho esto antes. Su mente se adelanta a las sensaciones que tendrá a sentir la vibración subiendo por sus brazos a través del hacha de mano cuando rompa el cráneo y esta se hunda en los tejidos elásticos. Levanta el hacha. Cierra los ojos. La puerta del cubículo del baño detrás de ellos rechina al abrirse y algo gruñe, Nora grita y sale corriendo. No se voltea a ver qué es, solo corre. Toma a Addis de la mano y lo lleva por el vestíbulo a toda velocidad. Una vez en el ascensor y luego de golpear el botón para cerrar la puerta, ve algo que se mueve reflejado en las ventanas del restaurante y escucha un rugido desgarrador, bajo y gutural, pero claramente femenino. Las puertas se deslizan y se cierran, y ellos bajan.

• • •

Addis llora. Nora no puede creer que todavía lllore tan fácilmente después de todo lo que han tenido que pasar. Lloró cuando su madre los sacó de la cama y los escondió en el baño mientras su padre mataba a un saqueador con un sacaclavos. Lloró cuando se incendió su departamento y el resto de **Little Ethiopia**, sus mocos quedaron esparcidos en la ventana del vehículo de la familia de la marca **Geo**. Lloró todo el camino desde Washington DC hasta Luisiana y otra vez cuando vio Nueva Orleans mientras le gritaba a su madre que la Biblia dice que Dios no volvería a destruir la Tierra con agua. Lloró cuando su padre dijo que Dios era un mentiroso.

Llorar. Deshacerse de la aflicción contenida en el cuerpo por medio gotas de agua salada. ¿Cuál es su propósito? ¿Cómo evolucionó? ¿Y por qué los humanos son las únicas criaturas que lo hacen? Nora se pregunta cuántos años se necesitan para secar este desastroso impulso.

—Tranquilo, Addy —dice mientras el ascensor baja al primer piso—. Estamos bien.

Addis no deja de sollozar por completo hasta que la Aguja Espacial queda oculta tras los edificios a la distancia.

—¿Qué era eso? —pregunta finalmente luego de treinta minutos de camino hacia el norte por la Ruta Estatal 99 de California sin haber pronunciado una palabra.

—Adivina —dice Nora.

Él no lo hace.

Cruzan el **punte Aurora** mientras que el sol se pone tras las montañas del oeste. Nora se detiene, aunque sabe que no debe hacerlo. Están parados en una vereda angosta a treinta metros aproximadamente de lo que alguna vez fue un río navegable muy transitado, el cual ahora es un cementerio de botes hundidos y por hundirse, de yates de un millón de dólares flotando de costado, palacios para los cangrejos reales.

—¿A dónde vamos? —pregunta Addis.

—No estoy segura.

Addis hace una pausa para pensar en ello. —¿Podemos buscar algún lugar para dormir? Estoy muy cansado.

Nora ve el brillo del último rayo rojo del atardecer reflejado en el agua. Antes de que el cielo se oscurezca por completo, logra captar un movimiento por el rabillo del ojo y se voltea en la dirección de la que venían. En el borde la colina, justo antes de que el puente salte por sobre el abismo, divisa una silueta. Una silueta grande de un hombre grande que se tambalea levemente por la calle.

—Sí —murmura—. Vámonos.

Se siente profundamente aliviado cuando interviene la segunda voz. La información clara que proporciona es mucho más fácil de procesar que la aterradora erupción del sentimiento.

«Lo que hiciste-- todas las personas que tú--».

«¡ENCUENTRA A OTROS COMO TÚ! ¡PUEDEN AYUDARTE A CONSEGUIR LAS COSAS QUE QUIERES!»

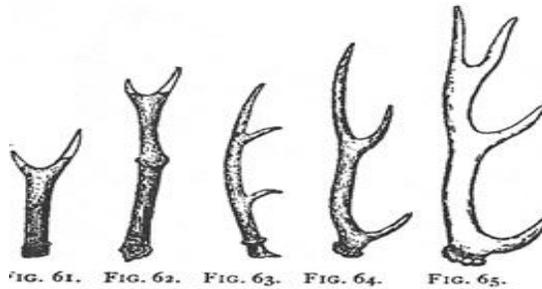
De esta manera comienza una extraña sesión de intercambios en su cabeza. Deja de sentir la aflicción que sintió al ver a la mujer y recuerda lo que hacen las armas y que debería evitar a las personas que las porten. Se da por vencido respecto a la culpa y al deseo de borrarla, y a cambio recibe la información de que estará más seguro si encuentra un grupo al que unirse. Parece un trato justo.

Una sacudida recorre la nube de manos y repentinamente el hombre alto abre mucho más los ojos. Su nuevo sentido encontró algo. Las manos han llegado muy lejos, tal vez kilómetros más adelante y han tocado algo que les interesa. Se estiran en medio de la oscuridad del bosque y le envían pulsos de emoción como si fuera código Morse.

«Ven. Sigue. Toma».

Él obedece.

Sus músculos, que comienzan a enfriarse y a ponerse tensos cada vez que se queda quieto, vuelven a ser flexibles con una energía desconocida que los maneja, entonces se pone a caminar rápido. El bosque se oscurece cada vez más a medida que se adentra en él. El hombre alto divisa cosas extrañas por el raballo del ojo: ranas cristalinas y aves que brillan, puertas en la tierra y remolinos de huesos, sin embargo, no se detiene a maravillarse con estas cosas. Ha intercambiado la maravilla por el hambre. Sigue al monstruo.



El sol se pone más rápido que de costumbre. Nora está casi segura de eso. Este baja como las burbujas de una lámpara de lava, a esa velocidad podría jurar que puede trazar su movimiento. Se pregunta si ha aumentado la velocidad en que se mueve la Tierra. Si tal vez, de alguna manera, todas las bombas que han roto su carcasa han influido en la velocidad de rotación. Un pensamiento ridículo, aun así decide caminar más rápido. No es justo para las piernas cortas de Addis, pero no se queja. Apura el paso para alcanzarla.

—¿Por qué no conseguimos un auto? —pregunta Addis entre jadeos.

—Papá nunca me enseñó a encender un auto sin usar las llaves.

—¿Y si alguien hubiera dejado las llaves puestas?

—Esos seguramente ya se los llevaron. Pero mantén los ojos abiertos.

Addis se detiene abruptamente y se voltea. —¿Qué fue eso?

En realidad, Nora no escuchó nada, de modo que se siente confiada al decir—: no fue nada. Probablemente hayan sido los botes al chocar entre sí. Vamos.

Pasan frente a varios moteles mientras suben la colina, pero una cama no sirve de mucho si no puedes dormir y Nora sabe que no logrará

conciliar el sueño sin tener un arma bajo su almohada. Continúa y observa con atención los escaparates de las tiendas.

—¿Por qué no nos detenemos? —pregunta Addis luego de permanecer en silencio por diez impresionantes minutos.

—Necesitamos armas.

—Pero estoy *cansado*.

—Pero hay cosas allá afuera que no se cansan. Necesitamos tener armas.

Addis suspira.

—Te diré una cosa, A-D-D. Si encontramos muchas balas, dejaré que le dispires a la siguiente cosa a la que tengamos que disparar.

Addis sonríe.

El vecindario es más sórdido a medida que avanzan hacia el norte. Casas de empeño, tiendas de artículos para fumadores, oscuros callejones llenos de condones y jeringas. El panorama es alentador. Los “barrios peligrosos” de ayer son los bufés de sobrevivencia de hoy, repletos de armas y drogas y todo el equipamiento necesario para llevar la mala vida. Los vecindarios construidos para la prosperidad no tienen lugar en la nueva era. Nadie necesita parques, cafés o gimnasios y mucho menos escuelas o bibliotecas. Lo que es realmente útil en la actualidad es la infraestructura del bajo mundo con sus puertas de triple cerradura y las ventanas con rejas, los pasajes secretos y las abundantes provisiones para el vicio.

—Allí —Addis señala una tienda.

Nora se detiene y la mira. Un letrero de madera terciada pintada cuidadosamente declara el siguiente mensaje en letra de fuente cien:

ARMAS

Se ríe para sí misma. Casi se pasa de largo.

• • •

Por supuesto, un depósito tan obvio como este ya fue completamente saqueado, aun así, deciden buscar. Las vitrinas están vacías, no hay cajas de municiones. Hay más de algún charco de sangre seca en el piso, pero no hay cuerpos. Quien sea que haya causado este desastre no fue muy cuidadoso. Toda persona que vive en este tiempo conoce la regla más importante de conservación: si tienes que matar a alguien, asegúrate de que quede bien muerto. Puede ser una batalla perdida, las matemáticas no están a favor de los Vivos, pero el hecho de ser cuidadosos en este punto en particular al menos reducirá la propagación de la plaga. El asesinato responsable es el nuevo reciclaje.

—Esta es la peor tienda de armas en la historia —se queja Addis mientras revisa cuidadosamente estante tras estante.

—Finge que eres un saqueador. ¿Cuáles son los últimos lugares donde buscarías?

—¿Cómo son los saqueadores?

—No lo sé. Deben estar hambrientos y asustados.

—Bueno, eso es fácil.

—Entonces, entras a este lugar, tienes hambre y estás asustado, tal vez le disparaste a unas personas... ¿Qué haces después?

—Bueno... —se dibuja una pequeña sonrisa en su rostro mientras se mete en el personaje. Nora se da cuenta de que es una simulación inapropiada para jugar con un niño de siete años y se siente mal por un momento. Pero solo por un momento.

Addis corre por la tienda apuntando con una pistola invisible y haciendo sonidos de disparo cerca de los charcos de sangre y fingiendo que

toma cosas de los estantes vacíos. Luego se da vuelta para mostrar las cosas imaginarias que encontró.

—Primero tomaría todas las armas de los estantes. Luego las cosas en las cajas. Tomaría todo lo que esté a mano porque me daría miedo ir a las habitaciones traseras o a los rincones.

—Bueno, ya revisé la habitación de atrás...

—¿Y si fuera el dueño de la tienda? —abre mucho los ojos con emoción—. En ese caso, apuesto que tendría mucho más miedo.

—Bien, ¿qué harías si fueras el dueño?

—Pondría pistolas en lugares secretos por toda la tienda. Así podría tomar una de cualquier parte.

Nora revisa la caja registradora. El cajón del dinero está abierto, vacío.

Revisa los estantes debajo. También están vacíos.

—Pero si hubiera muchos tiroteos todo el tiempo —continúa Addis como un científico que explica su nuevo teorema—, seguramente escondería muchas en el *piso*.

Nora se encoge de hombros y se tiende en el suelo detrás de la caja registradora siguiéndole el juego a Addis. —¡Oh, mierda! —se ríe. Saca el revólver **Colt** .45 que estaba pegado con cinta adhesiva a la moldura del mueble, se pone de pie y apunta a un objetivo imaginario.

—¡Bang! —dice.

Addis sonrío y en sus ojos se ve la emoción de la mañana de Navidad.

Nora revisa el cilindro de las balas. Está lleno.

—Te quiero, Addis Greene —declara—. Busquemos algún lugar para dormir.

• • •

Ignoran todas las incitaciones poco atrayentes de los carteles publicitarios al momento de escoger un lugar para dormir. Carteles donde los vándalos han tachado, eliminado y añadido letras.

~~LIMPIO Y TR e NQUILO-uncia~~
~~INTE Ncierro GRATIS~~
viola~~RESERVACIÓN MENSUAL~~

Su decisión solo se basa en el grosor de los barrotes de la ventana.

En lugar de dañar la cerradura de la puerta de la habitación, Nora derriba la puerta de la oficina, busca la llave de la habitación más alejada de la calle y entra de manera civilizada. Una vez dentro, cierra el pestillo, engancha la cadena, pone el gancho, gira el cerrojo, echa llave y pone una última cerradura que se coloca antes de dormir.

Este es un buen motel.

El análisis de la habitación deja una sonrisa amarga en su cara. El empapelado descascarado de color beige. La alfombra de color anaranjado oscuro con manchas de lado a lado. El cobertor verde azulado con un diseño floral rosado. Nora prueba el interruptor, pero no se sorprende cuando no funciona. Probablemente, las empresas de zonas como esta solo usaban generadores a gas, los de energía solar o de hidrógeno quedaban para los ciudadanos. Como regla general, no espera que funcione la electricidad en lugares donde no pueda encontrar galerías de arte.

Cuando finalmente siente que la habitación está lo suficientemente asegurada, la invade el agotamiento. Se deja caer en la cama junto a Addis y mira la oscuridad a través de la ventana. Al cabo de un rato, siente que

Addis la observa. Siente cómo se forma una nueva ronda de preguntas en el niño.

—¿Qué, Addy? —murmura.

No responde. Nora nota un ligero temblor en su barbilla.

—¿Qué pasa? —pregunta de manera más suave.

—Mamá y papá... —dice—. ¿Adónde fueron?

Nora aprieta los labios. —No lo sé.

—¿Por qué no los estamos buscando?

Lo duda, pero está demasiado cansada para seguir protegiéndolo.

Lo dice de una vez. —Porque ellos no nos están buscando.

Addis mira a la distancia. Nora se prepara mentalmente y espera que Addis aún sea lo suficientemente joven para aceptarlo y superarlo como lo haría con una herida en la rodilla o una picadura de abeja. Un buen llanto fuerte y de vuelta a jugar, a pesar de que el dolor siga ahí.

—Son malos —murmura y mira las sábanas con el ceño fruncido.

Nora respira profundo. —Sí, lo son. Pero, Addy —le pone una mano en el hombro—, no importa.

—¿Por qué no?

—Porque mamá y papá solo son personas. También la tía Shirley, Evan, como todos. Que nos hayan *hecho* no significa que ellos *sean* nosotros. Ellos son malos y estúpidos y nosotros somos inteligentes y geniales, y no tenemos que dejar que lo que hicieron afecte cómo nos sentimos.

Addis baja la mirada, no responde.

Nora levanta una ceja. —Al menos... yo *sí* soy inteligente y genial. ¿Acaso eres inteligente y genial?

Addis deja salir un gran suspiro. —Sí.

—Eso pensé.

—Soy súper inteligente y súper genial.

—Lo sabía —Levanta una mano. Él la choca sin ánimo—. ¿Estás listo para dormir?

En lugar de responder, Addis se mete bajo las cobijas y se enrolla dándole la espalda. Al cabo de cinco minutos ya está roncando. Ella se queda sentada un momento y observa cómo el pecho de su hermano sube y baja en la espantosa cobija verde azulado. ¿Por cuánto tiempo más la simple lógica y las conversaciones para subir el ánimo que da un consejero podrán anestesiarse las heridas de su hermano? ¿O las suyas, por cierto?

Nora se desliza bajo las sábanas y mira el techo con mohó. A pesar de lo exhausta que está, no logra cerrar los ojos. Más tarde, alrededor de la medianoche, echa un vistazo a la ventana y ve a un hombre que la observa a través de los barrotes.

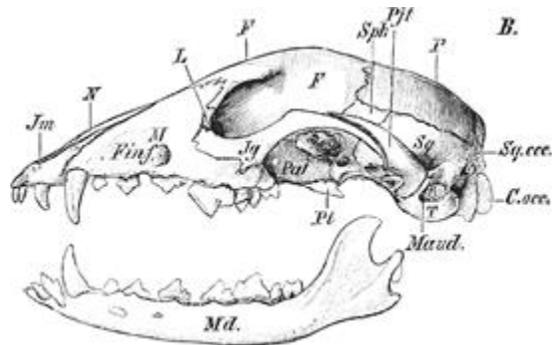
Reprime un grito para no despertar a Addis. Se muerde el labio, todo su cuerpo tiembla, se pone de pie y cierra las cortinas de golpe. Se queda ahí un instante, solo respirando. Revisa todas las cerraduras y da un giro lento para asegurarse de que no hay otras puertas u otros puntos de acceso a la habitación. No los hay. Y la puerta, además de las seis diferentes cerraduras, tiene unas bisagras de acero tan gruesas como su pulgar. El dueño de este motel debe haber sido un maestro de la lectura de las señales del tiempo. La habitación es una bóveda.

Con el revólver firme en la mano, vuelve a abrir las cortinas para echar un último vistazo. El hombre sigue ahí. Sus ojos, ahora gris peltre en lugar de azul cielo, siguen una trayectoria lentamente hasta encontrarse con los de Nora. Además de la disminución del color de sus iris y de su piel, no se aprecian otros cambios físicos en él. Todavía no ha empezado a podrirse.

Sin embargo, es sorprendente lo diferente que luce. Aún no se ha ido completamente, todavía se ve un pequeño rastro de conciencia en sus ojos, pero ya no es más quien sea que haya sido antes. Su rostro parece una máscara barata de Halloween.

Nora sabe que debería dispararle en ese instante, decirle a Addis que el disparo solo fue otra de sus pesadillas y calmarlo hasta que se vuelva a quedar dormido, pero decide dejarlo ahí hasta la mañana. Él *podría* lanzar piedras a la ventana, mover alguna pieza de madera a través de los barrotes si tuviera una inusual motivación, sin embargo, no hay mucho que en realidad pueda hacer para hacerles daño a través de esos espacios angostos. Además, tiene que admitirlo, la violencia parece ser lo último que tiene en mente, si es que todavía tiene una. Solo está ahí, con las manos colgando lánguidas a los costados mientras la observa. Si tuviera que adivinar qué dice su expresión, diría que el hombre luce... perdido.

Nora cierra la cortina y vuelve a penas a la cama. No pone el revólver bajo su almohada como lo había planeado. Lo tiene apretado en la mano sin el seguro puesto, siente el frío del acero inoxidable entre sus muslos.



Julie mira como el sol pasa de ser un intenso foco de luz a un pequeño punto anaranjado que choca contra el horizonte como fruta podrida. Siente un escalofrío cuando este desaparece e imagina ojos malvados que se abren de golpe como si fueran bocas hambrientas que *por lo menos* murmuran en medio de los árboles que rodean al Tahoe. Sabe que este sentimiento es tonto; su miedo a la oscuridad hace que se sienta como una niña en vez de una fuerte y capaz chica de doce años. Por supuesto que hay monstruos en la oscuridad, muchos, de hecho. Pero hay tantos como a la luz del día.

Todo va a estar bien —asegura el sofisticado barítono en la radio del vehículo. *La noche es más oscura justo antes del amanecer. Acepta a tu propio-- Evite las autopistas principales durante las actividades de la milicia. Quédese en casa hasta que llegue la ayuda-- Los **Seahawks** de Seattle superan a los **Broncos** de Denver en cuarenta y tres a ocho quedando tres minutos en el reloj...*

—Por el amor de Dios, John —se queja su madre. —Apaga esa mierda.

—¿Preferirías quedarte sentada en silencio sepulcral toda la noche?

—Sí. Definitivamente.

La radio murmura un montón de *non sequiturs*⁵ culturales. Fragmentos de programas de deportes que terminaron hace años, anuncios de películas taquilleras caídas en el olvido, frases inspiracionales de renombrados autores de autoayuda y discursos cliché para dar calma a la población por parte del mediocre comité de redacción del gobierno. Es la única emisora con cobertura nacional en la interferencia radial, una emisora en un lugar privilegiado que alguna vez se usó para transmitir discursos del estado de la Unión cuando Estados Unidos aún estaba unido. El gobierno salió apurado de la ciudad y se le olvidó apagar la radio.

Este verano, despreocúpese... el entrenador de baloncesto Dwayne Lee va a--

—John, *por favor* —pide la madre de Julie. No quiero seguir escuchando.

Su padre baja el volumen, pero solo un poco. Audrey suspira agotada y se apoya en la ventana.

—Podríamos hablar —ofrece Julie.

—Creo que es hora de dormir —anuncia su padre y se mueve hacia un área de servicio abandonada al costado de la carretera Interestatal 5. Apaga el motor y Audrey se ve mucho más calmada cuando por fin deja de sonar el esquizofrénico parloteo de la radio.

Julie tiene las piernas entumecidas, de manera que se baja del todoterreno y camina dando pisotones para revivir los nervios. El padre de Julie abre las puertas traseras y toma su escopeta de la parrilla sujeta al

⁵ “No se sigue” o “no tiene relación con lo anterior” en latín.

techo del vehículo. Esta contiene tres armas: una escopeta antidisturbios grande del ejército para él, una automática calibre doce para su esposa y una **Mossberg** Mini calibre veinte para su hija, arma que consiguió luego de notar los moretones que la **Remington** grande estaba dejando en los hombros de Julie. Se la dio después de tener que irse de Omaha y Julie tuvo que usarla al día siguiente cuando también tuvieron que irse de Denver.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Julie.

—Aseguro el perímetro —se dirige a revisar los baños del área de servicio.

—¿Papá?

Él se detiene y se da vuelta.

—¿Seattle está descartado?

—Sigue siendo una interrogante en el Almanaque, pero seguramente sí. El DCP⁶ se toma bastante tiempo para evaluar las grandes ciudades.

—¿Crees que encontremos personas allá?—No.

Julie suspira lentamente y el aire se pierde en el viento. Su padre termina de revisar los edificios y se dirige a la oscuridad del bosque perenne. De repente, la mente de Julie revive uno de los últimos sueños que ha tenido y la inundan las imágenes: *un agujero oscuro y profundo con una fila de dientes, una voz en la profundidad que llama a su padre*; de manera que vuelve a subir al Tahoe y se sienta en el asiento del conductor al lado de su madre. Su estómago gruñe como la voz en el agujero. Busca alrededor del asiento hasta encontrar la bolsa de **Carbtein**, rasga el pequeño envoltorio de aluminio y se lleva a la boca un cubo blanco empolvado.

⁶ Diario de los Cartógrafos Perdidos. DBC, Dead Beat Cartographers en el texto original. Juego de palabras entre la Generación Perdida o "Beat poets" en inglés y "deadbeat", vagabundo en inglés.

—¿Tiene hambre? —pregunta a su madre y le ofrece un cubo mientras intenta masticar el que tiene en la boca. Su madre lo mira como si nunca hubiera visto uno antes. Como si no hubiese estado consumiendo estas tizas de billar ricas en nutrientes y no mucho más que eso por meses. Se rasca los puntos marrones hundidos en su cuello y niega con la cabeza. Julie se obliga a tragar el arenoso y áspero cubo que parece mezcla de concreto, después se sienta desparramada y se siente aliviada por haber terminado con eso. Se empieza a preguntar qué harán cuando se termine el Carbtein, pero se detiene. La bolsa está medio llena. Eso es lo importante esta noche.

Su madre enciende la radio y rápidamente cambia la Fed FM, la cual ahora toca una selección de su lista de diez canciones pop aprobadas en el laboratorio de los éxitos musicales. La deja en una de las muchas frecuencias de estática y reclina su asiento, cruza los brazos y mira el techo.

—Al menos la estática no tiene comerciales —dice Julie.

Los labios de su madre se curvan solo un poco. —Me encantaría escuchar un comercial. Los escucharía todo el día si eso significara que hay personas allá afuera que hacen y venden cosas.

—¿Incluso los comerciales de pastillas para suicidarse?

—Especialmente esos.

Julie no entiende esta respuesta, pero le provoca una sensación de frío en el pecho. Aparta la mirada de su madre.

—*Has your life gone on long after the thrill of living is gone?*⁷ —su madre parafrasea el comercial en inglés con una sonrisa amarga y

⁷ “¿Tu vida continúa mucho después de que la emoción por vivir ya se ha ido?”, parafraseo de “Jack & Diane” de John Cougar. 1982. Criteria Studios.

arrogante. —*The dreams in which you're dying are the best you've ever had?*⁸

Julie busca otra emisora para cambiar de tema.

—*Knock, knock, knock on Heaven's door*⁹; *with Endito!*¹⁰. *Because only the good die young*¹¹.

Cada emisora tiene un ruido de estática diferente. Está la emisora de zumbido de bajo, la emisora del crujido molesto y la favorita de Julie, la emisora del clásico ruido de fondo. Quizá alguien esté transmitiendo un mensaje que cambie el mundo, una solución, una cura y a menos que la familia de Julie conduzca unos veinte kilómetros para encontrar el lugar de donde se emite el mensaje, este quedará perdido en la interferencia. No espera encontrar algo que valga la pena escuchar, solo algo que suene lo suficientemente molesto para distraer a su madre de los pensamientos oscuros. Sin embargo, encuentra la emisora 90.3 y la sonrisa arrogante de su madre desaparece.

—¡Mamá! —exclama Julie en voz baja.

Por primera vez en 2.243 kilómetros hay música en la radio.

Es un viejo éxito. Algo de finales de los noventa, mucho antes de que la música pop comenzara a sonar como la música de las películas de terror. La mamá de Julie está absorta mientras suena la canción a través de un espacio entre las nubes de la estática.

⁸ “¿Los sueños donde mueres son los mejores que has tenido?”, parafraseo de “Mad world” de Tears for fears. 1982. Phonogram Records, Mercury Records.

⁹ “Toca, toca, toca a la puerta del cielo”, parafraseo de “Knocking on Heaven’s door” de Bob Dylan. 1973. Columbia Records.

¹⁰ Juego de palabras de “End-it-all”, en inglés.

¹¹ “Porque solo los buenos mueren jóvenes”, parafraseo de “Only the good die young” de Billy Joel. 1977. Columbia Records.

*"Starting and then stopping... taking off and landing... the emptiest of feelings..."*¹²

Mira la radio como si el cantante estuviera metido dentro. Sus ojos se ponen brillantes.

*"Floors collapsing, falling... bouncing back and one day... I am gonna grow wings... a chemical reaction..."*¹³

Termina la canción. La suave voz de una mujer joven toma su lugar, se escucha temblorosa entre los espasmos de estática.

Esta es la emisora KEXP, 90.3 de Seattle brindándoles la banda sonora perfecta para acurrucarse con sus seres queridos y esperar la muerte.

Para sorpresa de Julie, su madre se ríe. Se seca las lágrimas y le sonríe a su hija.

Si nos han escuchado por un rato, me disculpo por las canciones repetitivas. En general, tratamos de ser variados, pero están derribando nuestra puerta mientras hago esta grabación y no tuve mucho tiempo para armar una lista de reproducción...

Su sonrisa comienza a ponerse tensa.

Como sea, si están escuchando esto, significa que no rompieron el equipo, así que disfruten de las repeticiones por cuanto dure la energía. Considérenlo el último popurrí de canciones de nosotros para ustedes antes

¹² "Empezando y luego deteniendo... Despegando y aterrizando... El sentimiento más vacío..." Radiohead. (1997). Let down. En Ok computer. [CD]. Somerset, Inglaterra: Parlophone.

¹³ "Pisos derrumbándose, cayendo... Rebotando y algún día... Me crecerán alas... Una reacción química..." Radiohead. (1997). Let down. En Ok computer. [CD]. Somerset, Inglaterra: Parlophone.

de nuestra gran ruptura. Lo siento, Seattle. Estados Unidos. Mundo. Sabíamos que no duraría.

La madre de Julie presiona el botón de apagado de la radio y vuelve a hundirse en su asiento. Ya no hay rastro de su sonrisa.

—¿Mamá? —dice Julie con suavidad.

Su madre no responde ni reacciona. Mira el techo con los ojos húmedos, su mirada se ve tan vacía como la de un cadáver. Julie tiene una horrible sensación en el estómago. Se baja del vehículo.

Su padre todavía está asegurando el perímetro, va marchando con el arma lista para disparar, es todo procedimientos y tácticas. Su madre le ha contado historias de cuando ambos eran jóvenes y rebeldes. De cuando se conocieron en un avión en la fila para usar el baño, de cuando su padre la secuestró de sus amigos en el aeropuerto y la llevó a pasear por Brooklyn, de cuando se escondieron varios días el pequeño departamento de él y tocaron música, bebieron vino y hablaron de filosofía, además de cosas y causas por las que querían luchar. Ella sabe que él cambió cuando el mundo cambió, que se adaptó para sobrevivir. Y una pequeña parte de ella, un órgano sensible y que sangra, que ha sido maltratado y herido por demasiados años, ha comenzado a envidiarlo.

Julie camina hacia los árboles que rodean el área de servicio como un vacío infinito. Se coloca los audífonos y presiona el botón de reproducción de un iPod que tenía una chica muerta que encontró en algún lugar en Pensilvania. Hay una canción en este abollado y quebrado dispositivo que guarda para momentos como este en que necesita recordar que todavía hay un mundo allá afuera. Que su familia no está sola en una esfera de roca giratoria.

La canción se llama “Para Hannah”. Nunca antes había escuchado de esta banda y la canción no es realmente buena. Lo que la hace su favorita es la fecha que aparece en el archivo. Es la fecha más reciente que ha visto en una canción en al menos tres años. Todo lo demás en su colección se estrenó cuando todavía más o menos funcionaba la industria musical, dinero que ganar y bienes para gastarlo. Julie ha llegado a creer que esta canción, una pequeña balada sensiblera tocada en una guitarra desafinada con un torpe rasgueo, es la última que se grabó en el ocaso de la civilización.

—¿Me escuchas? Mira... —Julie comienza a cantar.

Julie se queda parada a espaldas del bosque mientras escucha la belleza inexplicable del tenor desafinado y susurra la melodía en la oscuridad del bosque.

Fig. 104.



El hombre alto observa a la chica. Se queda completamente quieto, la mira por un espacio entre los arbustos, y aunque está tan cerca que puede ver las pecas en sus orejas, ella no lo ve.

«¿Qué es ella?», se pregunta a sí mismo.

Es distinta a él. Más pequeña, más suave, sí, el hombre alto sabe qué es una mujer, pero también sabe algo más. Hay una diferencia esencial que no tiene nada que ver con su aspecto físico. Algo efímero que no puede explicar.

El monstruo sabe lo que es porque está eufórico. La nube de manos se abalanza sobre la chica, acaricia su cara y sisea en la mente del hombre:

«Esto. Esto. Esto».

El hombre no entiende, siente que el vacío en su interior se arroja hacia ella como un prisionero enfurecido que choca contra las paredes de

su estómago, pero el hombre alto no se mueve. «¿Qué?», le pregunta, «¿Qué quieres?».

«ESTO».

Su pie se eleva del suelo. Pierna izquierda se mueve hacia arriba y da un paso adelante--

—Mira hacia arriba... mira... —Julie continúa cantando.

Se detiene. Un sonido emerge de la boca de la chica. Él ha escuchado sonidos parecidos dentro de su cabeza: «palabras». Aunque esas siempre son cortas y directas, carentes de entonación, como el fuerte golpe de unas botas pesadas sobre el concreto. Estas palabras son increíblemente distintas.

—Las nubes se están dispersando... la ventana está abierta... es hora de extender las alas... —continúa cantando.

No son solo palabras sueltas. Estas palabras se doblan, se extienden y juegan con la entonación de una manera que el significado se intensifica de cierta forma.

«¡Toma!». El monstruo insiste enfureciéndose. «¡Llena!».

«Todavía no», responde el hombre. «Quiero intentarlo...».

Abre la boca y empuja el aire hacia afuera. Una nota nasal y grave sale de su interior como si fuera la bocina de una bicicleta vieja. Quiere sonrojarse, pero su sangre está demasiado congelada.

La chica cierra la boca. Se saca los auriculares y con los ojos bien abiertos observa los árboles a su alrededor.

—¿Papá...? —dice alejándose.

El hombre alto comienza a acercarse a ella, pero otra persona se le acerca con un arma en la mano.

—¿Qué pasa? —pregunta esta persona más grande y con una voz diferente, más áspera y menos entonada, más similar al ritmo de los pensamientos del hombre alto.

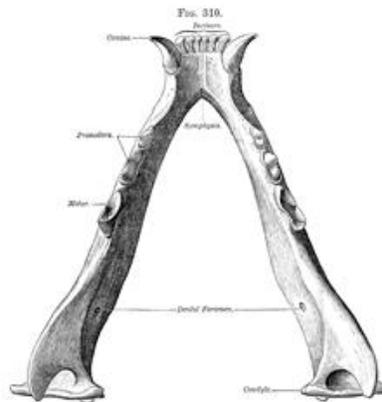
—Nada —dice la chica—. Creí haber escuchado algo.

El sonido de sus palabras especiales, «cantar», resuena en la cabeza del hombre alto, seguido de una sutil burla hacia el idiota sordo que vive ahí. «Por favor», parecen decirle. «Inténtalo otra vez». El idiota en su cabeza se aleja de la voz de la chica para alejarse del arma de su padre.

Le alegra tener información en su cabeza en lugar de sentimientos. Está orgulloso de sí mismo por saber qué hacer. El monstruo grita en señal de protesta mientras se escabulle de vuelta al bosque, el hombre alto empuja al monstruo hacia adentro. Cuando está a una distancia segura, de regreso en la sofocante oscuridad del bosque, finalmente se entrega. La nube de manos permanece inerte, desanimada. De pronto se reúne y se aleja flotando hacia una nueva ruta.

«Pronto», le gruñe, y pese a que el hombre no sabe qué está aceptando, asiente con la cabeza.

«Pronto».



Nora está de vuelta en el centro comunitario de Washington DC practicando voleibol con su equipo.

«Lanzar. Recibir. Golpear».

Se las arreglaba para limitar todo a esas tres acciones. Cuando una secta quemó su escuela, cuando un soldado la acorraló en un cuarto oscuro; cuando encontró a sus padres, en el suelo con una pipa y un polvo cerca, riéndose y gritando como criaturas salidas del infierno. En momentos así, viene acá, se pone pantalones cortos y golpea la pelota blanca brillante una y otra vez, y siempre que está aquí en lo único que piensa es en la pelota. Mantenerla en el aire.

El centro comunitario es uno de los pocos lugares que no ha cambiado desde el levantamiento. Todo continúa siendo conocido para ella: la mesa de pimpón, los muebles manchados, las penosas máquinas expendedoras de preservativos, incluso los rostros cansados detrás del mesón de información. No por el hecho de que el lugar esté a salvo del deterioro de alguna manera, sino porque ya estaba en la ruina antes de que todo cayera. Nada aquí cambiará hasta que lo peor ocurra. Hasta que el presidente

aparezca en la televisión para despedirse y desearnos buena suerte, y dejar a todos libres para que busquen en la oscuridad.

—¡Chicas! —una señora del personal grita más fuerte que el chirrido de las zapatillas. Todas se detienen y la miran. La pelota cae al suelo—. Deberían venir a ver esto.

Se dirigen al vestíbulo, donde todo el personal está amontonado en torno al pequeño televisor de la esquina de la habitación. Alguien sube el volumen hasta que los altavoces vibran, Nora se esfuerza por distinguir las palabras a través de toda la distorsión y la estática.

—*La lógica ya no es suficiente* —dice un hombre que es entrevistado en lo que parece ser un refugio antibombas—. *Hemos sobrepasado el punto en el que la ciencia por sí sola puede ofrecer respuestas a nuestro infortunio. Es demasiado tarde para eso.*

—¿De qué está hablando? —Nora le susurra a la señora del personal. Ella no responde ni aparta la mirada de la pantalla.

—*Mi pregunta es, doctor* —dice el presentador—, *si pensaba de la misma manera ayer o si se trata solamente de una reacción a las noticias recientes.*

—¿*Las noticias recientes?* —el doctor se ríe con amargura y continua—: *estas no son noticias recientes. Somos nosotros que finalmente reconocemos lo que ha estado sucediendo en el mundo entero durante años.*

—¿*Y cuándo se enteró de todo esto?*

—*El verano pasado. Unos días después de que mi esposa falleciera en un accidente vehicular, me desperté y miré por la ventana de mi habitación, y entonces la vi de pie en el jardín devorando la cabeza de una persona.*

—¿De qué está hablando? —Nora pregunta más fuerte. Aun así, nadie la mira. La interferencia en la señal provoca que la pantalla se distorsione con píxeles rojos. Nora escucha unas risas distantes en el baño de chicas.

—¿Cuál es nuestra reacción a todo esto? ¿Cómo podemos entenderlo? En el transcurso de unas cuantas décadas hemos sido víctimas de casi todas las catástrofes imaginables y ahora, con la civilización ya al límite, aparece esto. Nuestros amigos y familiares, y todas las personas muertas de todos los conflictos se levantan de la tumba para que la tragedia continúe. Para acabar finalmente con la civilización.

La señal se empieza a interrumpir, se ve como las cabezas de los hombres se desprenden, sus rostros se mezclan en una vorágine de píxeles acompañada de un ruido que les perfora los oídos, finalmente la señal se desvanece. Alguien apaga el televisor y todo queda en silencio.

—¿De qué hablaba ese hombre? —Nora grita, pero nadie le responde. Sus amigos se quedan parados dándole la espalda, miran la pantalla negra sin parpadear. Un murmullo comienza a invadir la habitación.

Nora mira por la ventana y ve a su hermano pequeño jugando solo en el barro del patio de juegos. De pronto, ve un escuálido lobo negro parado detrás de él, babeando y enseñando los dientes. Sus maestros y compañeros de equipo todavía miran el televisor apagado e ignoran los gritos de Nora mientras las mandíbulas del lobo se abren.

• • •

—¡Nora!

Ella abre los ojos repentinamente en el momento en que Addis cierra la cortina de la ventana y corre de regreso a la cama con los ojos muy abiertos por el susto.

—No pasa nada, Addy —murmura atontada.

—Hay... hay un...

—Ya lo sé. Estuvo ahí toda la noche. No puede entrar.

Se levanta de la cama y se acerca a la ventana con el dedo en el gatillo de la Colt. Abre la cortina, el hombre grande no parece haberse movido en toda la noche.

—¡Vete! —le grita con su cara muy cerca a la de él. No reacciona. Nora lo ahuyenta moviendo sus manos bruscamente—. ¡Lárgate de una puta vez! ¡Déjanos en paz!

No pasa nada.

Ella levanta la pistola y apunta a la cabeza del hombre.

Addis se cubre las orejas con las manos. Sin embargo, antes de que Nora pueda darle una lección a su hermano sobre la crueldad de la vida moderna, el hombre se aleja. Su expresión permanece indiferente, pero se aparta de la ventana y se hace a un lado como un caballero que sostiene la puerta para una dama. Lo que desconcierta a Nora más de lo esperado.

—Recoge tus cosas —le dice a su hermano, sin dejar de apuntar con el arma.

—¿No le vas a disparar?

—Todavía no.

—¿Por qué?

—Porque retrocedió.

—¿Acaso no es un zombi?

Nora vacila antes de responder. —No sé lo que es, nadie lo sabe.

Se coloca su mochila y quita las cerraduras de la puerta con la mirada y la pistola fijas en el hombre al otro de la ventana. Addis se mantiene cerca de su hermana con su hacha en la mano.

—¡Vamos a salir! —grita, sin saber si el hombre todavía entiende lo que está diciendo—. ¡Quédate lejos de nosotros o te disparo!

Nora abre un poco la puerta. Él no se mueve. Así que abre la puerta hasta el final y salen sin dejar de vigilarlo.

—¿Todo despejado, Addis?

Addis corre a cada esquina del motel y vigila el perímetro como un policía experimentado. Al menos su padre le enseñó algo bien.

—Todo despejado.

Nora camina de espaldas hacia su hermano sin apartar la vista de la mirada plateada y apagada del hombre grande.

—¿Nora? —dice Addis discretamente.

—¿Qué?

—Deberías dispararle.

Ella mira a su hermano para asegurarse que esas palabras realmente salieron de su boca.

—La tía dijo que no debemos dejarlos con vida. Si no lo matas, va a matar a alguien más.

—Ya sé lo que dijo —mantiene la vista en el centro de la frente del hombre—. Y papá dijo que no se desperdician balas en los problemas de otras personas.

—Pero papá es cruel.

Los dientes de Nora rechinan, el arma empieza a resbalarse en sus manos. El hombre grande la observa con calma, a una distancia segura de unos seis metros y con los brazos a los lados.

No quiere dispararle.

Desconoce el potencial bien que podría hacer al perdonarle la vida, pero sabe que quiere hacerlo. ¿Es tan simple como tener empatía? ¿Es la

renuencia innata del ser humano a matar? Imposible. Ella había matado a dos personas desde su cumpleaños número catorce. Sí, fue en defensa propia para proteger a su familia, pero ¿realmente eso importa? ¿Existe una diferencia entre matar por satisfacción y matar por miedo además de las circunstancias?

—Puedo apartar la mirada —ofrece Addis.

—¿Qué?

—Si no quieres dispararle por mi culpa, puedo mirar a otro lado cuando lo hagas.

—Addis, solo cierra la boca, ¿quieres?

Se calla y se produce un largo silencio.

—¡Oye! —Nora le grita al hombre—. Estás contagiado, ¿cierto? ¿No eres mudo o sonámbulo o algo así? ¿Estás Muerto con M mayúscula?

No responde. Como si fuera necesaria una respuesta. Como si su piel, sus ojos y la herida en su estómago no fueran más que suficientes. Ella sabe perfectamente lo que es, pero...

—Oye —le suplica prácticamente, sabe que realmente no le está diciendo nada a nadie—. ¿Me entiendes?

Él asiente con la cabeza.

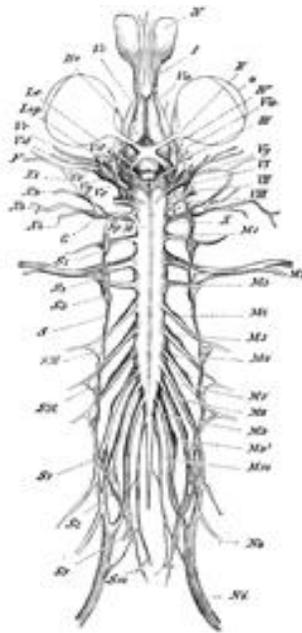
Nora se sorprende y baja el arma.

Escucha el chirrido de una puerta detrás de ella y gira bruscamente. Una mujer desnuda está de pie a un metro de su cara. Tiene la piel gris, con manchas y algunas heridas, su cabeza está inclinada hacia un lado. Tiene un montón de sangre marrón que corre por su boca y su cuello. Su mandíbula cruje cuando la abre y comienza a gruñir con un sonido profundo de dolor y hambre, y se abalanza contra ellos.

Nora tiene buena puntería. Tiene una excelente orientación espacial y coordinación ojo-mano, lo que la hace naturalmente talentosa con las armas. Pero no es una asesina. No es una veterana de guerra, no está entrenada por el Ejército o la Guardia Nacional ni por las milicias locales. El arte del asesinato no está integrado en su memoria muscular y no es inmune al shock. Así que cuando este montón de carne podrida se acerca a ella, no dispara tranquilamente una sola bala a su lóbulo frontal y se aleja. Sino que grita como una adolescente y dispara todas las siete balas en su pecho.

No tiene tiempo para sacar su hacha. Las balas demoran al cadáver tanto como unas balas de pintura. La mujer trata de alcanzar la cara de Nora con las puntas de sus dedos. Nora se tambalea hacia atrás y tropieza, cae sobre su trasero, patea con fuerza el tobillo del cadáver y siente que se rompe, como si fuera de un plástico frágil. El cadáver se cae de costado y Nora se pone de pie, corre hacia su hermano y se pone de pie delante de él de forma protectora mientras que el cadáver se levanta tambaleándose. La mujer da dos pasos hacia ella con su pie flojo e inestable arrastrándose contra el concreto, luego se detiene, mira el pie roto, pisa con el otro pie y levanta el roto. Su pie se desgarró como un zapato duro. El cadáver de la mujer avanza, cojeando hacia adelante con su tibia expuesta como si fuera una pata de palo.

Nora vio todo lo que pudo soportar. Sin premeditación ni planificación, toma de la muñeca a Addis y corre de vuelta hacia en el centro de Seattle, no porque haya refugio o comida o municiones allí, sino porque está cuesta abajo. Se las arregla para mirar por última vez hacia el motel. La mujer Muerta los persigue lentamente y el hombre no se ha movido. Está parado donde Nora lo dejó, sólo observa cómo se van.



El hombre alto ha sido engañado. Parte de la información que intercambió resultó ser falsa. Sabe que está en un bosque de Norteamérica y que allí debería haber cosas como lobos, osos y ciervos, pero en su lugar hay cosas extrañas que no deberían estar ahí o en ningún lugar. Hay ojos y árboles flotantes que respiran, y serpientes con pelaje sedoso de color azul. No sabe cómo entender este mundo si sigue cambiando.

Ha caminado seis horas en la oscuridad. Su mente está perdiendo la poca solidez que tenía y se derrite como mercurio escurriéndose por las grietas. El monstruo en su vientre es presa del pánico, le grita una y otra vez, y el hombre está empezando a cansarse de sus quejas.

«TOMA, CONSIGUE, ROBA, OBTEN, LLENA».

«¡Cállate!», le contesta al fin. «¡No puedo hacerlo hasta que me digas qué es lo que tengo que hacer! ¡Así que cállate!».

Para su sorpresa, el monstruo guarda silencio. El hombre camina hacia adelante con la mente retumbando por el repentino silencio. Entonces, como si fuera un niño llorón, al fin presenta una petición específica con un gruñido malhumorado:

«Come».

El hombre deja de caminar y golpea su cara con la palma de su mano. ¿Eso era todo? ¿Come? Él recuerda cómo se come. Comer es fácil.

«¿Por qué evadiste la respuesta por tanto tiempo?».

El monstruo se queda callado.

El hombre empieza a buscar comida. Encuentra un arbusto de arándanos y coloca un montón de esferas rojas en su boca, mastica y espera el sabor dulce. Sin embargo, siente como si masticara una polilla muerta. El jugo tiene gusto a polvo de desván. A diferencia de cómo se sienten los frutos es sus manos, la textura es seca y escamosa. Las escupe y mira con horror el desastre pulposo en su camisa.

El monstruo se burla.

Sigue buscando hasta que encuentra unos hongos silvestres, se mete uno en la boca y aunque puede sentir su suavidad, su boca le dice que está triturando una bola de avispas muertas. Escupe con un quejido.

El monstruo se ríe a carcajadas.

La nube de manos se pone en movimiento otra vez y se adentra en el bosque. Un nuevo y exquisito aroma llega a través de la nube. «Sangre. Carne». Lo sigue hasta un pequeño claro donde descubre el origen del

aroma: un ciervo joven que cojea entre la maleza con las patas heridas por unas garras.

«¿Esto?», le pregunta al monstruo y la respuesta es un «quizás» ligeramente sarcástico.

Los oscuros y redondos ojos del ciervo lo miran con desesperación. Una parte de él rechaza los impulsos que surgen en sus manos y dientes, pero esa parte ya no está a cargo. Toma el ciervo y muerde su cuello.

La sangre fluye por su garganta, arranca grandes trozos de carne y su boca no lo engaña esta vez. La carne sabe a carne. La sangre sabe a sangre, salada y metálica. No obstante, cuando llega a su estómago, no se extiende la calidez de la saciedad. Deja caer el ciervo y se pone de pie, espera una respuesta, pero cuando esta llega, no es la que esperaba. Siente una oscura oleada de cuchillos hambrientos de carne en su interior, como si de pronto estuviera a minutos de morir de hambre.

Agranda los ojos, se inclina y vomita.

«¡No!», el monstruo se ríe en sus oídos. «No, no, no».

Vomita hasta que siente que su estómago se va a salir, luego se para sobre el ciervo, jadeando y temblando. «¿Qué quieres? ¡Dime!».

«Come», el monstruo ronronea y se retira a las sombras, como si todas las respuestas estuvieran contenidas en una sola palabra.

La nube de manos se dirige a una abertura entre los árboles, él sigue el llamado de los dedos largos y torcidos. Al salir del bosque húmedo, percibe el aire fresco, la luz hace que entrecierre los ojos. El hombre alto está en una colina con vista a un valle, hay algo asombroso en este valle. Rectángulos altos de concreto y cristal, una red enmarañada de calles pasa entre «casas, comercios, bancos y bares».

«Ciudad».

Todas estas palabras vuelven a su mente de una vez, provocando una salvaje ráfaga de imágenes. «Personas amontonadas en los centros comerciales, tarjetas plásticas brillantes, personas pintándose la cara y con anillos en sus dedos. Personas durmiendo en callejones, llevándose botellas a sus bocas y clavándose agujas en sus brazos. Personas besándose desnudas en unas camas. Personas llorando desnudas bajo la ducha. En un edificio alto, un anciano sonrío y toma un trago mientras sus soldados llenan las calles».

«ALLÍ», el monstruo grita, interrumpiendo su fantasía y todas las imágenes se desvanecen. «VE. TOMA. COME».

La nube de manos desciende a la ciudad como un calamar en busca de peces. El hombre va hacia donde es guiado con la cabeza gacha.

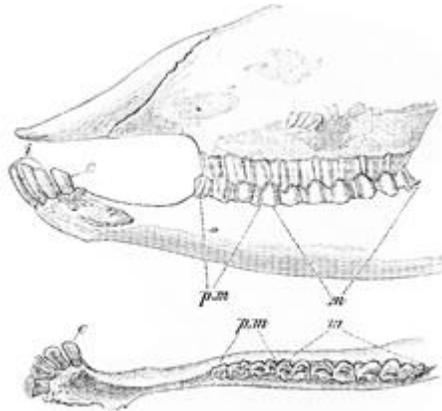


FIG. 235.—TEETH OF SHREW (*Sorex arcticus*).

—¿Vamos a volver a la Aguja Espacial? —pregunta Addis cuando el motel ya no está a la vista y recobraron un poco la compostura.

—No.

—¿Por qué estamos de nuevo en este puente?

—No sé.

—¿No sabes?

—Sorpresa. Tu hermana mayor no lo sabe todo.

Silencio.

—Tal vez deberíamos ir allá arriba —dice apuntando al este, hacia una colina distante con tres torres de telecomunicaciones.

—¿Por qué?

—No sé.

—Si quieres ir a algún lugar sin tener un motivo, tendrás que continuar siguiéndome. Podrás ser el líder cuando tengas un plan.

—Tal vez hay personas ahí arriba. Mira todas esas casas.

Nora contempla las casas coloniales con balcones en la colina, terrazas en los tejados y vistas impresionantes al mar. Allí es donde solía estar todo el dinero de Seattle. Seguramente esas propiedades tienen la seguridad necesaria para mantener fuera unos cuantos cadáveres tambaleantes.

—Bueno —dice Nora, encogiéndose de hombros—. Vamos a buscar la casa de Bill Gates.

—¿Quién es Bill Gates?

—Un tipo rico.

—¿Qué significa “rico”?

Nora abre la boca para responder, y se ríe pensando en el vocabulario de las generaciones futuras.

—Nada, Addy —dice—. Nada importante.

• • •

Cuando llegan a los pies de la colina de la autopista, Nora mira hacia atrás para ver cuánto han avanzado y nota dos figuras a la distancia justo en la cima de la colina. Están tan lejos que serían imperceptibles, de no ser porque son las únicas cosas moviéndose en su campo visual. No puede distinguir ninguna parte de sus caras o rasgos, pero uno de ellos es más alto que el otro y el bajo cojea gravemente.

Así que van juntos a su excursión de asesinos. Como Bonnie y Clyde, qué adorable.

—Esas cosas nos están siguiendo —le dice a Addis mientras salen de la autopista y empiezan a ir al este hacia el trío de torres de telecomunicaciones que corona la colina como una diadema—. Tenemos que encontrar más balas.

—Tengo mucha hambre —dice Addis.

—¿Terminaste tus restos?

—Sí.

—Revisa los míos.

Addis abre la mochila de Nora y busca adentro mientras ella espera.

Saca una pequeña bolsa Ziploc de tofu frito.

Nora frunce el ceño. —¿Eso es todo lo que guardé?

—Sí.

—Por Dios, qué glotona.

Addis abre la bolsa y se mete un pedazo de tofu en la boca. Le ofrece un pedazo y Nora empieza a sacar hasta que mira la cara de su hermano. Sus pómulos.

—Quédatelo tú —dice—. No tengo hambre.

Su estómago decide sonar fuertemente en ese momento.

—Tú también tienes hambre —dice Addis.

—Está bien, estoy mintiendo. Pero tú eres un niño en crecimiento y yo soy una vieja adolescente malhumorada. Cómetelo tú.

—¿Crees que habrá comida en esas casas?

—Probablemente. Espero que sí.

Él acepta. Se mete a la boca otra deliciosa porción de tofu con margarina fría y siguen caminando.

Pasan por una casa rodante marca **Airstream** volcada, servilletas y tenedores plásticos esparcidos por la calle. Un menú escrito en los paneles metálicos anuncia hamburguesas de animal de libre pastoreo en un panecillo horneado en el área, pero la pestilencia que emana de ahí anuncia gusanos.

—Comida —Addis señala.

—Toda tuya.

Addis suspira y entierra la cara en la bolsa, pasándole la lengua a lo que queda de tofu.

—Buscaremos comida tan pronto como estemos a salvo —dice Nora—. Las balas van primero que las hamburguesas.

Addis le dirige una mirada acusadora que se debilita por las gotas de margarina en sus cejas. —¿Vas a matarlos la próxima vez?

—Por lo menos a la mujer.

—¿Por qué no al hombre también?

—No sé. Probablemente lo mate también. Pero él es distinto.

—¿Porque no intentó comernos?

—Tal vez.

—¿Por qué no lo intentó?

Nora no contesta de inmediato. Está en buena forma física, pero la colina es empinada y le falta el aliento. —¿Recuerdas cuando nos quedamos con la tía Shirley antes de venir aquí?

Él mira el concreto bajo sus pies. —Sí.

—¿Recuerdas que cuando la mordieron se quedó parada en la cocina todo el día lavando los platos una y otra vez?

—Sí.

—¿Y no intentó comerse a mamá hasta dos días después?

—Sí.

—A veces, cuando las personas se transforman en... “zombis” o lo que sea... les toma bastante tiempo averiguar lo que se supone que tienen que hacer. Tal vez sus personalidades no desaparecen enseguida, así que al principio están confundidos y no saben quiénes son o qué les está pasando.

Addis se queda callado por un rato asimilando todo. —Entonces, ¿por qué ese nos está siguiendo?

—No sé. Tal vez porque su novia quiere comernos. O quizás porque fui la última persona que vio antes de morir.

Addis sonríe. —Tal vez le gustas.

—Tal vez tú le gustas a la chica.

Su sonrisa se desvanece.

• • •

Cuando llegaron a la calle principal de la colina, la calle Broadway, el sol se estaba ocultando. Nora se da cuenta de que durmieron más tarde de lo que habían planeado. No puede recordar si durmieron la noche anterior. Los días con horarios de comida fijos y horas de sueño establecidas se sienten como mitos ancestrales. Se esfuerza por recordar el color de los ojos de su madre.

Entran a un vecindario que alguna vez fue vibrante. Coloridos escaparates con grafitis artísticos. Cada poste cubierto con pósteres de conciertos. Calles llenas de cuerpos vestidos elegantemente y con sus cráneos ahuecados llenos de agua de lluvia.

Nora abre la boca para decirle a Addis que no los mire, pero se da cuenta de lo absurdo que es. Lo deja asimilar tranquilamente la masacre con la esperanza de que asimile de alguna forma todas sus horribles vivencias sin tanto sufrimiento. Para que encuentre una forma de bañarse en veneno sin dejarse envenenar.

—¡Mira! —dice Addis apuntando hacia el parque al otro lado de la calle—. ¡Una piscina!

El parque es enorme, puede que alguna vez haya sido hermoso. Las colinas con césped ahora están cubiertas de maleza. Los faroles altos y

elegantes ahora están oxidados. La imponente fuente produce un flujo que gotea donde alguna vez caía una cascada. El riachuelo fluye a una piscina poco profunda de menos de medio metro y totalmente accesible, sin ninguna de las barandillas y advertencias municipales habituales, como si la ciudad realmente quisiera que las personas jugaran en ella. Quizás la pareja decapitada que estaba de la mano sentada en la parada del autobús solía sentarse en las bancas de la piscina para ver a sus hijos chapotear. Quizás los universitarios que ahora son comida para las moscas en la calle solían emborracharse tendidos en el suelo mirando las estrellas y soñando en grande para ellos y para el otro. Nora va a llorar de nuevo. Esta maldita ciudad. Este maldito mundo. ¿Cuándo se acostumbrará a él?

Ve a Addis quitarse los zapatos y los calcetines sudorosos y sucios manchados de rojo por sus ampollas sangrantes. Lo ve enfriar sus pies en el agua llena de algas. Quiere unirse a él, está empapada en sudor y el aire veraniego parece moverse a su alrededor como oleadas de aire caliente, pero tiene que estar preparada. No están a salvo.

—¡Maldición! —Nora jadea cuando Addis le lanza un enorme chorro de agua en la parte delantera de su camiseta sin mangas. Addis casi se cae de la risa.

—¡Estúpido! —le grita, pero no puede ocultar la sonrisa de su rostro mientras Addis continúa riéndose. Entonces se quita los zapatos y corre a la piscina. Addis chilla y escapa. Nora pateo el agua hacia la espalda de su hermano mientras él sale de la piscina y corre hacia el césped espeso.

—¡Oye! —grita Nora—. ¡Vuelve!

—¡No puedes atraparme! —se ríe y sigue corriendo. Nora puede ver por la velocidad borrosa de sus pies que está fuera del alcance de sus gritos. La sensación de correr descalzo en un terreno lleno de césped, tendones

tensos, pies que rebotan en el suelo como resortes. Es como correr en la playa.

Lo deja correr. No irá muy lejos porque está corriendo en círculos. Intenta no pensar en las preciosas calorías que está quemando ahora mismo, tal vez sea la mitad de una comida. Si no pueden prescindir de la energía necesaria para una carrera corta, entonces podrían perfectamente ir a hacerles compañía a los cadáveres de la calle Broadway.

Nora escucha un gruñido bajo detrás de ella. No un quejido, ni un gemido, ni un grito o un grito de guerra; ninguno de los sonidos que acostumbra a escuchar cuando algo quiere matarla. Solo un gruñido salivoso y tembloroso, como las rocas de la orilla del mar que caen en la resaca marina. Se da vuelta y encuentra un lobo mirándola desde debajo de una mesa de pícnic. Sus ojos son azules como el hielo. Como los de su madre, los que repentinamente recuerda.

Se desplaza lentamente desde debajo de la mesa con los ojos fijos en los suyos. Un gran lobo del noroeste, delgado y desesperado, con el pelaje cubierto de lodo, demasiado cansado para limpiarse. Otro fantasma sacado de los sueños febriles del mundo moribundo. Los siguientes serán los dragones. Vampiros. Demonios. Fantasmas. Para cuando la última persona (porque *habrá* una al final, aunque sea solo por un momento) se dé cuenta de que está sola, el mundo solo será la suma de todas sus pesadillas. ¿Por qué la realidad permanecería unida si no hay ninguna mente para presionarla?

Nora alcanza su hacha y el lobo gruñe como si supiera lo que es un hacha. Mira a la derecha y ve a Addis observando desde un montículo distante paralizado por el miedo. Mira a la izquierda y ve dos lobos más saliendo de los árboles que están cerca del final del parque, y ve la sombra

de las hojas de los árboles extendiéndose hacia ella a medida que el sol se oculta tras los tejados. ¿Realmente es así como va a morir? En un mundo con tantas posibilidades de escape, deambulando por una ciudad en ruinas sin comida ni medicamentos, rodeada de asesinos y la mujer Muerta y hambrienta, ¿va a ser comida por lobos?

Y, aun así, se ajusta a la realidad. Es apropiado. Si la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos puede ser destruida por un incendio intencionado; el Museo del Louvre, por el moho y el abandono; si todos los logros culturales de diez mil años en este planeta pueden desaparecer tras unas décadas de abandono, ¿por qué no debería esta joven estadounidense ser devorada por animales salvajes en medio de un parque urbano?

Sus pies descalzos se hunden en el agua tibia de la piscina para niños. Cuando su espalda choca contra la fuente, siente el débil goteo del agua de lluvia rebotando bajando por su columna vertebral. Los lobos la acorralan mostrando los dientes.

De pronto, el hombre grande se acerca a la fuente y se interpone entre ella y los lobos. Les gruñe tan fuerte que casi suena como una palabra, pero es demasiado áspera para entenderla.

El lobo más cercano salta sobre él. Sin duda apunta a la garganta, pero su garganta está a casi dos metros de altura, por lo que solo muerde su camiseta. El hombre grande agarra al animal y lo estrangula o tal vez le rompe el cuello, en pocos segundos el lobo se queda sin fuerzas. Los otros dos lobos le muerden las piernas. Se agacha, los agarra por detrás del cuello y golpea sus cabezas contra el concreto hasta que sus aullidos se extinguen. Todo se queda en silencio. El hombre, con la cabeza calva que brilla de un color gris bajo la luz del atardecer, mira a los depredadores muertos a sus pies. Después mira a Nora.

Nora corre.

—¿Viste eso? —Addis chilla cuando Nora se detiene junto a él en la colina.

—Oh, no. Estaba viendo el atardecer.

—¡Fue como en la Bella y la Bestia!

El hombre recoge uno de los lobos, lo huele, le arranca una pierna y le saca un pedazo del músculo caliente, mastica por un momento, y luego vomita casualmente en la fuente.

—Sí... —murmura Nora—. Algo así.

El hombre suelta al lobo y mira a Nora. Hay una gran distancia entre ellos y hay muchas direcciones que Nora podría tomar para salir corriendo, pero por ahora se queda quieta y espera a ver la siguiente cosa que hará el hombre grande. Pero no hace nada, solo que queda mirándola.

—¿Por qué haces eso? —le grita.

Él no reacciona. Nora mira alrededor para asegurarse de que la novia del hombre no la vuelva a sorprender con una entrada de película de terror, quizá esta vez salga de un bote de basura, ya que no hay puertas cerca.

—¡Ya deja de seguirnos! ¡Vete!

Un sonido se produce en su garganta y pasa a través de sus labios. Es un sonido débil, además él está bastante lejos; sin embargo, esta vez está segura de que dijo una palabra.

—¿Lo escuchaste? —le pregunta a Addis—. ¿De verdad dijo algo?

Addis mira al hombre con los ojos entrecerrados, tiene una expresión rara en el rostro. —Creo que dijo ‘por favor’.

—Pero qué mierda... —murmura Nora.

Por detrás de la fuente, aparece la novia del hombre tambaleándose, todavía tiene rasgos femeninos, pero ya no parece una mujer. Sus hombros

tienen los huesos expuestos y le cuelgan pedazos de carne casi transparentes. Sus órganos internos se encogieron por las heridas de bala en su pecho; Nora puede ver brillar el hermoso atardecer a través de los agujeros. La decadencia de esta criatura ha avanzado alrededor de un mes desde la última vez que se toparon con ella hace un par horas.

—¡Vete! —grita Nora y se lleva a Addis lejos del parque, le aprieta fuertemente la muñeca.